

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

(Año 2005)

Pastor José M. Martínez
Dr. Pablo Martínez Vila

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

Una colección de los «Temas del mes» del año 2005
del website «Pensamiento Cristiano»

José M. Martínez, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con el website titulado «Pensamiento Cristiano».

El Dr. **Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. Actualmente es presidente de la Alianza Evangélica Española, y vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

Pensamiento Cristiano es un website de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Website: <http://www.pensamientocristiano.com>

Los **libros** de José M. Martínez y Pablo Martínez Vila se pueden obtener en la mayoría de las librerías cristianas. Para encontrar una librería cristiana cerca de su lugar, puede consultar las **Páginas Arco Iris Cristianas** en internet en la dirección <http://www.paginasarcoiris cristianas.com>.

Índice

Enero 2005 – Tu Dios va delante.....	3
Febrero 2005 – El horror del <i>tsunami</i>	6
Marzo 2005 – Buscando la paz en las relaciones personales.....	9
Abril 2005 – Perdonar y pedir perdón.....	13
Mayo 2005 – ¿Réquiem por la fe cristiana?.....	16
Junio 2005 – «Si el mundo os aborrece...».....	21
Julio 2005 – Hay palabras... y palabras.....	25
Septiembre 2005 – ¡Tan importante... y tan difícil!.....	28
Octubre 2005 – ¡Juventud! ¿divino tesoro?.....	27
Noviembre 2005 – Bases para una familia sana (I).....	34
Diciembre 2005 – La Palabra se hizo carne.....	37
Libros de José M. Martínez.....	41
Libros del Dr. Pablo Martínez Vila.....	41
Folletos de José M. Martínez.....	41

Copyright © 2005, Pastor José M. Martínez y Dr. Pablo Martínez Vila

Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los artículos que salen en este documento, citando siempre el nombre del autor y la procedencia (<http://www.pensamientocristiano.com>)

Reflexión de Año Nuevo

Tu Dios va delante

Atrás ha quedado un año, uno más en el curso de nuestra vida. De él sólo guardamos recuerdos, gratos unos, amargos otros. En su curso hemos vivido experiencias placenteras; también desengaños y frustraciones; días de luz y días de oscuridad, de paz y de turbación. Yo veo ese año como una página de mi vida escrita con rasgos de diverso estilo. Algunos renglones delatan debilidad; otros, energía, dinamismo, fe... En el fondo todas las experiencias vividas contienen lecciones saludables por las que deberíamos dar gracias a Dios.

Pero el pensamiento que el comienzo de un nuevo año se impone en nuestra mente por lo general está repleto de interrogantes: ¿Qué nos traerá el 2005? ¿Éxitos, alegrías, sorpresas agradables, curación de una larga enfermedad, bienestar estable en la vida familiar? ¿O, por el contrario vendrá cargado de frustraciones, de disgustos, de problemas económicos, de precariedad laboral, de alguna enfermedad grave, de un fracaso amoroso, de pérdida de un ser querido? El camino a lo largo del año ¿será recto y llano o escabroso y zigzagueante? Todo es posible. Y el pensamiento nos inquieta. Puede llegar a sumirnos en una ansiedad torturadora. ¡Si alguien pudiera realmente declararnos qué oculta nuestro futuro! Desde tiempos remotos los hombres han acudido a astrólogos, brujos, videntes y agoreros de toda laya en busca de una respuesta que ilumine lo que el destino les tiene reservado. A estas prácticas recurren no sólo personas simples, dotadas de escasas luces. También lo hacen hombres y mujeres de reconocido prestigio cultural, político o social. Pero ningún augurio humano tiene garantías de certeza. O es ambiguo, sagazmente expresado, como sucedió más de una vez en las consultas hechas a la famosa pitonisa de Delfos, o su fiabilidad es la misma que puede atribuirse a un juego de azar. Ningún humano conoce el futuro, propio o ajeno, el futuro sólo lo conoce Dios

El Dios del cristiano es el dado a conocer en la Biblia, un Dios omnisciente y todopoderoso que no sólo conoce el porvenir, sino que lo controla y determina. Quien en él confía, puede descansar tranquilo cuando se hace preguntas sobre sus años venideros. A la luz de la Sagrada Escritura aprendemos que DIOS VA DELANTE DE SU PUEBLO en el camino de su peregrinación (Éx. 14:19). Así se puso de manifiesto cuando el pueblo de Israel, salido de Egipto, tuvo que emprender la travesía del desierto para ir a la tierra prometida. En aquella ocasión, al igual que en otras semejantes, se ve el cumplimiento admirable de su promesa:

Dios va delante *para guiar*

Ni Moisés, ni Aarón, ni ninguno de los ancianos de Israel conocían el camino escogido por Dios, que no era la ruta usual para quienes querían viajar a Palestina (paralela a la costa mediterránea), sino un largo rodeo a través de una región árida, seca, transitada por pocos seres humanos, excepción hecha de beduinos que fácilmente podían convertirse en enemigos de los viajeros. ¿Qué hacer? No habían de preocuparse. Dios iría delante y los guiaría por medio de una nube milagrosa (de humo durante el día y de fuego durante la noche) (Éx. 13:21-22). Lo único que los israelitas tenían que hacer era seguir en pos de la nube. Ésa debía ser su única preocupación.

Dios hoy sigue siendo el guía de sus redimidos. No nos indica lo que hemos de hacer mediante un nube visible; pero lo hace mediante su Palabra, la dirección de su Espíritu y circunstancias providenciales que no podemos cambiar, porque las ha determinado Dios. Esas circunstancias con frecuencia son tan dolorosas como incomprensibles. Pero Dios no se equivoca al trazar nuestro camino. Él es sabio. Y amoroso. Y poderoso. Lo es aun cuando permite en nuestra vida oscuridad y sufrimientos incomprensibles. Como el salmista podemos decir: «Me guía por sendas de justicia por amor de su nombre» (Sal. 23:3). Hoy los creyentes en Cristo, con más luz y suficiente experiencia, podemos decir a Dios: «Me has guiado según tu consejo y después me recibirás en gloria» (Sal. 73:24). Con toda seguridad, en la gloria celestial nos diremos: ¡Qué bien que el camino de mi vida no lo tracé yo! ¡Qué gran favor que Dios pasara por encima de mi ignorancia, mis torpezas y en ningún momento renunciara a ser mi Guía!

Dios va delante *para proteger*

Porque Dios iba delante cuando Israel salió de Egipto y llegó a orillas del Mar Rojo, el Salvador de Israel hizo que las aguas se separasen, abriendo así camino para que el pueblo pasase a pie sin sufrir daño alguno. Pero una vez los israelitas hubieron pasado al otro lado del mar el peligro subsistiría si tras ellos avanzaban las tropas del faraón para darles alcance, cosa que no aconteció gracias a otra intervención de Dios. En el relato bíblico se dice que «el Ángel de Dios (expresión que se usa para significar Dios mismo) que iba delante del campamento de Israel se apartó e iba en pos de ellos; y asimismo la columna de nube que iba delante de ellos se apartó y se puso a sus espaldas e iba entre el campamento de los egipcios y el de Israel; y era nube y tinieblas para aquéllos, y alumbraba a Israel de noche; y en toda aquella noche nunca se acercaron los unos a los otros» (Éx. 14:19-20). Es que el Dios que va delante, cuando es necesario, también se coloca detrás; pasa de la vanguardia a la retaguardia para evitar sorpresas, aunque sin dejar de ir al frente de su pueblo peregrino. De hecho, Dios va siempre delante y siempre detrás, siempre a la derecha y siempre a la izquierda. Su omnipresencia es ilimitada, por lo que en todo lugar y momento asegura el amparo de los suyos. De este modo, no hay nada que llegue a convertirse en desastre irreparable; por el contrario, las situaciones más comprometidas son las que Dios suele escoger para mostrar la magnificencia de su poder y su fidelidad. A cada uno de sus hijos le dice: «He aquí, yo envió mi Ángel delante de ti para que te guarde en el camino y te introduzca en el lugar que yo he preparado.» (Éx. 23:20). En ese camino, todas las contingencias están previstas y controladas por él de modo que se truequen en bendición. ¡Bendito protector!

La presencia de Dios *reporta descanso y paz*

A Moisés le dijo Dios: «Mi presencia irá contigo y te haré descansar» (Éx. 33:14). No le dijo: «Todo te será plácido; tu camino será suave y llano; los oasis se sucederán uno tras otro. Tu vida será como un retorno al paraíso». Dios no inspira nunca falsas esperanzas de constante prosperidad y felicidad. Más bien, a juzgar por lo que Moisés hubo de experimentar, es muy probable que en el curso de nuestra vida se multipliquen los contratiempos dolorosos, las enfermedades, los quebrantos y las fatigas. Moisés, harto de la rebeldía de los israelitas, encontraba que su tarea como líder de Israel era una misión imposible. No sólo se sentía cansado por los inconvenientes físicos de la peregrinación. Lo que le abrumaba era el peso de su pueblo, desobediente a Dios y hostil a él, su guía. ¡Si al menos Dios le diese un compañero que le ayudase a soportar la carga de su misión! (Éx. 33:12), Fue entonces cuando Dios le dijo: «Mi presencia irá

contigo y te haré descansar». No un ángel, ni una legión de ángeles le acompañarían, sino Dios mismo con su poder infinito y su gracia maravillosa. Infinidad de creyentes han experimentado esa realidad. Verdad es que algunas veces hemos desconfiado llegando a pensar que Dios nos había abandonado. Ha sido debilidad nuestra. Pero Dios no nos ha dejado. Ha continuado asistiéndonos. Y finalmente, cuando exhaustos nos rendimos a él, sumisos a su voluntad, la fatiga desaparece para dar lugar al descanso, a la paz (Fil. 4:6-7). Sí, aun en medio del conflicto podemos tener sosiego. Esta verdad fue confirmada y hecha realidad por nuestro Salvador. Él sigue diciéndonos a nosotros hoy lo que un día dijo a sus discípulos: «La paz os dejo; mi paz os doy... Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo» (Jn. 14:27; Jn. 16:33). Es otra versión de una promesa anterior: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados y yo os haré descansar» (Mt. 11:28).

Dios, siempre presente *para acompañar*

No solamente para proteger, guiar o tranquilizar. Él quiere acompañarnos simplemente para estar con nosotros, para hacernos compañía. Desea que mantengamos una comunión viva con él, que cultivemos el sentido de su presencia. Invisible, está presente, muy cerca de nosotros, en una relación de amor sublime. Un texto del Apocalipsis, ilustrado con atinadas metáforas, resalta este hecho. Son palabras del Señor Jesús: «He aquí yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo» (Ap. 3:20).

De esa comunión con nuestro Dios y Salvador brotará a través de nuestros labios una aclamación gozosa, una expresión de alabanza, una plegaria con acción de gracias, una confesión: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo» (Jn. 21:17), o simplemente un silencio reflexivo, apacible, sugeridor de los más dulces pensamientos... ¡Qué gran fiesta en el corazón!

Con un Dios que va delante, que me protege, me guía, me da descanso y me acompaña en todo momento como fiel amigo, bien puedo adentrarme en el nuevo año sin temores de ningún tipo, con confianza y buen ánimo, en paz, diciéndole desde lo profundo del alma lo que cantamos en un precioso himno:

*Señor, heme en tus manos, dirígeme,
y hasta el fin de mis años
mi Guía sé.*

José M. Martínez

El horror del *tsunami*

Ha transcurrido algo más de un mes; pero las imágenes se resisten a desaparecer de nuestras retinas. ¡Fue tan horrible! Primeramente un fuerte terremoto. Después, como consecuencia, un maremoto imponente; una masa gigantesca de agua alzándose a una altura insólita, avanzando a velocidad vertiginosa hacia las playas y abatiéndose inmisericorde sobre cuanto había en ellas: personas, casas, cobertizos, hoteles, coches... Como una inmensa garra devastadora, una vez arrasado cuanto halló a su paso, la ola fatídica retrocedió al seno de los océanos, dejando las costas cubiertas de desolación y muerte. Confusos, como alucinados, hombres, mujeres, niños, corrían sin rumbo fijo, sin acabar de entender lo que estaba sucediendo. Muchos ya no corrían. Yacían tendidos sobre el suelo inmóviles, muertos. Más de doscientos mil. Y muchos más, vivos, aún lloran desolados a seres queridos a los que no volverán a ver. ¡Qué horrendo, Dios mío!

Es difícil saber cuántas personas se han detenido a reflexionar en torno a catástrofe tan descomunal. Muchas prefieren no pensar. Otras creen que no hay lugar para reflexiones; sólo para una solidaridad generosa que alivie el sufrimiento de quienes, vivos aún, necesitan auxilios urgentes. Las más racionales consideran que lo sucedido en el sudeste asiático fue un fenómeno natural, semejante a otros del mismo carácter, aunque de mayores proporciones. La única conclusión a que llegan es que científicos y gobernantes deben hacer todo lo posible para prevenir y aminorar los efectos calamitosos de una naturaleza descontrolada. No han faltado quienes han involucrado a Dios en la tragedia. «Si Dios existe, ¿por qué la ha permitido?» Esta pregunta, sumamente seria, suele formularse frívolamente, incluso con irreverencia, fruto de un agnosticismo teñido de ateísmo beligerante. ¿Es eso todo lo que puede dar de sí la capacidad pensante de la mente humana? Afortunadamente, no.

José Reinoso, en un reportaje aparecido en el periódico español EL PAÍS (11 de Enero de 2005), bajo el título «El maremoto como castigo divino», comenta la reacción de Tantawi, un creyente musulmán: «Sólo encuentra una explicación a la tragedia: la ira de Dios». Y cuenta una historia para justificar la magnitud del *tsunami* tal como se vivió en Aceh: «La noche antes del maremoto una persona con un gorro blanco (como el que llevan algunos imanes) se presentó en un local situado a un kilómetro de aquí, en el que había gente bailando sin ropa, y les dijo: "Por favor, no hagáis eso. Si seguís, seréis castigados". A continuación, se dirigió al mar y desapareció. Pero la fiesta continuó hasta el amanecer. Esa misma mañana se produjo el maremoto». Aunque se tengan dudas sobre la veracidad de este relato, es un hecho conocido que Indonesia y otros países de la región tenían fama por la profusión de prostíbulos que atraían a multitud de clientes del mundo occidental. A ello los nativos añaden otros pecados, destacando los cometidos por líderes políticos corruptos. La explicación de esos musulmanes religiosos puede parecernos a los cristianos cruda y dura. Pero es digna de consideración. Al fin y al cabo, nos conduce a uno de los temas más inquietantes de la teología cristiana: la teodicea, el modo como Dios gobierna y controla cuanto acontece en el mundo, tanto en el comportamiento de los elementos naturales como en el de los seres humanos. Cuando tratamos de adentrarnos en ese campo de la teología nos enfrentamos a misterios y a preguntas de muy difícil respuesta. Nos gustaría encontrarnos con un Dios todo bondad y misericordia, perenne bienhechor y protector. ¿No dice la Biblia que «Dios es amor»? Si el amor es la esencia misma de la divinidad, ¿por qué Dios permite catástrofes,

sufrimientos horribles y muertes espantosas? O, pregunta más inquietante aún, ¿está en él mismo la causa de tanta fatalidad? ¿Acaso, más que un Ser pasivo ante el sufrimiento humano, es agente activo que lo produce?

Personalmente yo también me siento estremecido, no sólo por lo destructivo del *tsunami*, sino también por los problemas teológicos que plantea. También yo prefiero pensar en el Dios «todo amor», siempre perdonador y salvador, el Dios cuya misericordia permanece para siempre (Sal. 138:8). Pero ese Dios ¿sería un Dios perfecto? En un mundo plagado de egoísmos, injusticias, soberbia, corrupción, violencia, un Dios que permaneciera impasible ante tantos males ¿sería realmente un Padre amoroso? ¿No sería más bien un «abuelo» senil, débil, impotente para disciplinar a los agentes humanos del mal? Pero, por otro lado, la idea de que todas las hecatombes que ocurren en el mundo son acciones punitivas de Dios nos sitúa en un terreno peligrosamente resbaladizo. Somos muchos los creyentes que no compartimos la interpretación dada por el musulmán Tantawi. No podemos afirmar tan rotundamente como él que el maremoto fue castigo divino. Solamente Dios podría explicar el porqué de las calamidades que sufrimos los seres humanos. Yo, por mi parte, me abstendré de juzgar a Dios, tanto por lo que hace como por lo que deja de hacer. Sólo él posee todos los elementos de juicio necesarios para tomar decisiones judiciales. No obstante, hecha esa salvedad, necesitamos en estos tiempos de laxitud moral reflexionar sobre la perfección de la justicia divina.

La misma Biblia que nos habla de un Dios de amor nos presenta su reverso: un Dios de justicia que juzga y retribuye (en este mundo y en este tiempo o en un juicio escatológico al final de los tiempos) según el comportamiento de los humanos. Numerosos textos de la Escritura nos enfrentan a la «ira» de Dios. He de confesar que esta expresión más de una vez me ha producido desazón. Acostumbrado a ver las reacciones iracundas de muchas personas y las mías propias, veía en la cólera un defecto, una señal de debilidad más que de fuerza. Pero la ira de Dios no es como la nuestra, sentimiento de furor desmesurado mezclado con aborrecimiento y ansias de desquite hacia quien de algún modo me ha ofendido. En esa ira siempre hay un elemento pecaminoso. No es así la cólera de Dios, quien aborrece el pecado, pero ama al pecador. Su ira es una reacción justa contra toda forma de iniquidad o injusticia de los hombres, reacción que ha de moverle a reprimir el mal. Esto incluye el juicio condenatorio de quienes han cometido esos males. El Dios Creador, el Padre de misericordia, es también el Gobernador del universo y el Juez de quienes han de obedecerle como seres responsables. En la Biblia encontramos ejemplos de la acción judicial de Dios. Sirvan como botones de muestra el diluvio, la destrucción de Sodoma y Gomorra, las plagas de Egipto, la muerte de Coré, Datán y Abiram (Nm. 16), la deportación de los judíos a Babilonia, la muerte de Ananías y Safira, la de Herodes Agripa (Hch. 12:20-23). Pero el Nuevo Testamento pone ante nosotros otro ejemplo infinitamente más significativo: la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. También sobre él recayó el juicio condenatorio de Dios, no porque el Hijo amado hubiese cometido pecado alguno, sino porque -conforme a las Escrituras del Antiguo Testamento- había cargado sobre sí los pecados del mundo (Is. 53:4-6; Jn. 1:29). Y por esos pecados hubo de sufrir el peso de la indignación divina que el pecado produce. Ese es el significado de las palabras de Pablo cuando se refiere a la muerte de Cristo como un sacrificio propiciatorio (Ro. 3:25). «Era necesario» (Lc. 24:46) para vindicar la perfecta justicia de Dios, quien «ni aun a su propio Hijo escatimó, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros» (Ro. 8:32). Si Cristo asumía en la cruz nuestra culpa y pagaba nuestra deuda, sería impensable que Dios nos

castigara a nosotros por los mismos pecados que él expió. El apóstol Pablo expresó una gran verdad cuando escribió: «Ahora ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Ro. 8:1).

Téngase presente, sin embargo, que esa liberación sólo la otorga Dios a «los que están en Cristo», es decir, creyentes que confían en él, le aman y le obedecen. No significa esa salvación que el cristiano esté exento de sufrir calamidades e incluso infortunios tan horripilantes como lo causados por el *tsunami*. Pero todo esto quiere Dios transformarlo en bendición. Son casi conmovedoras las palabras de Dios a su pueblo a través de Isaías; «En un arranque de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti... Porque los montes se apartarán y los collados serán sacudidos, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Yahvéh, el que tiene compasión de ti.» (Is. 54:8-10). No obstante, era necesario que el pueblo se arrepintiera de sus pecados y se volviera con fe viva a su Creador y Señor. Dios quiere que «el impío se vuelva a él de su camino y viva» (Is. 55:7); que el rico egoísta colabore en la eliminación de las diferencias escandalosas existentes entre ricos y pobres; que el occidente opulento ayude al tercer mundo a salir de su atraso y miseria; que los hombres y sus gobernantes no traten de resolver sus conflictos con las armas, sino con equidad y justicia; que los jueces no prevariquen; que la violencia doméstica cese para dar lugar a la armonía; que el libertino renuncie al prostíbulo y controle sus instintos; que el ateo y el indiferente busquen a Dios hasta encontrarlo, pues sólo en él y de él puede recibir el conocimiento que da sentido a la vida y el poder para la práctica del bien. Con él aun la noche resplandece; la desesperación da lugar a renovada esperanza; aun las aguas más turbulentas pueden ser calmadas y dejar sobre la tierra un sedimento vivificador. Y el maremoto más aterrador puede producir frutos de reflexión y conversión a Dios, principio de una vida nueva. La Biblia nos enseña que Dios, de las ruinas de una creación devastada por el pecado, está sacando una creación nueva (2 Co. 5:17; Ap. 21:1). Pese a todas las apariencias, a la larga, la inmensa ola de la gracia de Dios será infinitamente más poderosa que todos los *tsunamis* que puedan amenazar la seguridad de nuestro planeta.

Así afronta el cristiano la adversidad: «Si Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros?... Estoy cierto que ni la muerte, ni la vida... ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús» (Ro. 8:31, Ro. 8:37-39). Así lo han experimentado miles de creyentes cuando olas imponentes de adversidad se han abatido sobre ellos. Puede ser la experiencia de muchos más si se vuelven a Dios por el único camino que es Cristo (Jn. 14:6; 1 Ti. 2:5).

José M. Martínez

Buscando la paz en las relaciones personales

Del conflicto a la reconciliación (I)

¿Cómo hacer las paces con un amigo, un hermano en la iglesia o con mi esposo/a después de una discusión? ¿Por qué a veces nos cuesta tanto? ¿Qué consejos nos da la Biblia en este tema?

Antes de considerar la práctica de la reconciliación, necesitamos unas reflexiones previas sobre la enseñanza bíblica en torno al enojo y la ira.

El enojo no siempre es pecado. De hecho hay ocasiones en las que el no airarse puede ser ofensivo para Dios. El silencio cómplice ante determinadas conductas desagradada profundamente al Señor. Se nos dice de Pablo que mientras andaba por las calles de Atenas «su espíritu se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría» (Hch. 17:16). Y ¿qué diremos del mismo Señor Jesús cuando, indignado, «cogió un azote de cuerdas y volcó las mesas de los mercaderes en el templo» (Jn. 2:13-16). Hay, pues, un tipo de ira que lejos de ser pecado expresa el enfado del creyente al contemplar el mundo con los ojos de su Señor. Es lo que podemos llamar una **ira santa y justa**.

¿Cuándo la ira se convierte en pecado? Pablo, por otro lado, nos da a entender que también es posible airarse sin pecar: «**Airaos, pero no pequéis**» (Ef. 4:26). A la mayoría de nosotros nos hubiera gustado tener una lista de situaciones en las que podemos enfadarnos sin pecar, pero no se nos especifican. Es providencial que Pablo fuera muy inconcreto en este punto. Al apóstol no parecen preocuparle los tipos y causas de conflicto que llevan al enojo. Sin embargo, de manera inmediata puntualiza la condición para que el enojo no se convierta en pecado:

«**No se ponga el sol sobre vuestro enojo**» (Ef. 4:26). En otras palabras, la ira llega a ser pecado cuando no va seguida de una pronta reconciliación, «antes que se ponga el sol». Nadie debe acostarse con el corazón dominado por la ira. Ello es así porque el enojo guardado es el primer paso hacia el odio y ambos juntos crean un caldo de cultivo idóneo para la amargura. Y esta tríada es instrumento favorito del diablo para destruir relaciones de todo tipo, desde un matrimonio hasta la comunión fraternal en la iglesia. Tanto el odio como la amargura necesitan de la «célula madre» que es el enojo prolongado. Por esta razón Pablo señala como vital que «el sol no se ponga sobre nuestro enojo».

Tener, pero no retener la ira. Ningún creyente debe hacer «conserva» de resentimiento en su corazón. ¡Qué triste es cuando dos personas se echan en cara agravios u ofensas después de largo tiempo, incluso años!: «Tal día hace cinco años me dijiste o hiciste algo que me enojó mucho». El hábito de hacer la paz, perdonarse y volverse a acercarse con prontitud, si es posible antes de que acabe el día, es la mejor manera de prevenir separaciones, divisiones y luchas en todos los ámbitos, en especial la familia, el matrimonio y la iglesia, pero sin olvidar nuestras relaciones laborales y sociales. Merece la pena invertir esfuerzos en esta exhortación del apóstol, no sólo por sus efectos balsámicos en las relaciones, sino sobre todo porque ésta es la voluntad de Dios para todo cristiano que quiere imitar a su Señor.

¿Cómo saber la salud de una relación? En esta línea, debemos afirmar que la salud de una relación, vg. el matrimonio, no se mide tanto por lo mucho o lo poco que discuten o se enojan las dos partes, sino por el tiempo que tardan en reconciliarse. Este es el termómetro más fiable: ¿Cuánto tiempo tardan en resolver sus discusiones y enfados? Si son capaces de hacerlo pronto, esta relación tiene un fundamento excelente aunque la frecuencia de sus «chispas» haga pensar lo contrario. Si tardan días o semanas en hacer la paz, la relación se está envenenando con la peor ponzoña: el enojo almacenado que lleva al desprecio del otro, a la

frialdad y, finalmente a la muerte de la relación. Conozco casos de matrimonios que han estado dos años sin dirigirse la palabra. Esta forma de reaccionar nos lleva de forma natural a considerar los pasos prácticos para lograr la reconciliación.

La puesta en práctica: Pasos hacia la paz

Vamos de nuevo a buscar la base bíblica, fuente de nuestra instrucción, para abordar este punto crucial. Seguimos con Pablo, esta vez en Ro. 12, capítulo antológico en el que se nos muestra cómo las *nuevas relaciones* de aquel que ha nacido *de nuevo* deben estar marcadas también por *actitudes nuevas*, algunas de ellas verdaderamente revolucionarias:

«No paguéis a nadie mal por mal... Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios. Así que si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal» (Ro. 12:17-21).

Un paso previo: evitar la venganza. «No os venguéis. Vence con el bien el mal».

El paso inicial para la reconciliación es el **autocontrol** que nos permite detener nuestro impulso natural de devolver mal por mal. Esta actitud, tan arraigada en el corazón humano, es venganza. No debemos limitar el concepto de venganza a sus formas más graves como la violencia planificada o el homicidio. Estas formas extremas sólo se ven en casos excepcionales.

La venganza puede ser mucho más sutil. De hecho, es una reacción casi espontánea de nuestra naturaleza caída. La observamos incluso en los niños: «¡Cuándo te coja!» o «me las pagarás» son frases bastante habituales en el vocabulario infantil. En sus formas «menores» todos hemos caído alguna vez en la venganza, que es -en esencia- devolver mal por mal.

Esta reacción es un obstáculo para restaurar una relación. Si quieres la paz, no te dejes dominar por tu ego ofendido o tu dignidad herida. Ciertamente no es nada fácil. Nuestro primer impulso es: «Sus palabras (actos) me han hecho mucho daño y esto no lo olvidaré nunca». Esta reacción es comprensible en un primer momento porque expresa el dolor de una herida; pero enseguida debe dar lugar al dominio propio, a evitar la «explosión». La palabra de Dios está llena de consejos al respecto, en especial en el libro de Proverbios:

«El necio al punto da a conocer su ira; mas el que no hace caso de la injuria es prudente» (Pr. 12:16); «El que fácilmente se enoja hará locuras» (Pr. 14:17); «La cordura del hombre detiene su furor, y su honra es pasar por alto la ofensa» (Pr. 19:11).

Este dominio propio que no se deja arrastrar por la venganza y que auto controla las explosiones de ira aun cuando tiene razón no es de origen humano sino divino. Para conseguirlo no bastan nuestros esfuerzos o una férrea voluntad; es sobrenatural porque viene de Dios (2 Ti. 1:7) y es una parte del fruto del Espíritu. No se nos pide, por tanto, luchar con nuestras propias fuerzas, sino con la ayuda poderosa del Señor Jesús, ejemplo supremo de persona «mansa y humilde» quien fue ofendido y humillado mucho más de lo que puede serlo cualquiera de nosotros (recordemos, por ejemplo Is. 53).

Evitar la venganza supone también renunciar a toda **actitud o conducta destructiva**, sobre todo de formas aparentemente inocuas, como la **indiferencia**. Frases como: «Para mí esta persona ha muerto» son formas de venganza impropias del cristiano. Del escritor irlandés G. Bernard Shaw son estas palabras que podemos hacer nuestras: «El peor pecado contra el prójimo no es odiarle, sino mostrarle indiferencia».

Una de las experiencias más tristes que recuerdo de mi vida profesional como psiquiatra es un juicio al que tuve que asistir en calidad de perito. Una pareja cristiana se había separado y luchaba por la custodia de sus hijos. Nunca olvidaré el día de la visita, cuando los ex esposos tuvieron que verse las caras: las acusaciones, las calumnias y, sobre todo, el odio que podía leer en sus ojos me produjeron una memorable impresión. ¿Cómo es posible que dos personas, supuestamente cristianas, que un día se amaron y se prometieron fidelidad eterna, lleguen a odiarse tanto? ¡Cuán cierto es que en todas las guerras sólo hay perdedores y derrotas!

El camino hacia la reconciliación

Una vez ha surgido la discusión y estamos enfadados, ¿cómo podemos llevar a la práctica el consejo de arreglarlo lo antes posible? A continuación doy siete sugerencias a modo de orientación. La lista, por supuesto, puede ser mucho más larga, pero menciono estos pasos concretos porque me ha sorprendido gratamente comprobar cómo su puesta en práctica ha tenido unos efectos sorprendentemente positivos en centenares de personas con problemas de relación. Muchas veces fallamos en lo más básico, pero es en lo básico -en la base- donde se encuentra el fundamento que sostiene el edificio. De ahí la importancia de empezar por lo que parece sencillo.

1.- Toma la iniciativa. No esperes que sea el otro quien lo haga, aunque creas que tienes tú toda la razón y que es el otro quien te ha ofendido. No digas: «ya vendrá él/ella si quiere». Dar el primer paso cuesta mucho, pero es una forma muy práctica de devolver bien por mal, una de las marcas distintivas del cristiano. A veces el esfuerzo parece inútil, sin resultados, pero Pablo nos dice que «haciendo esto, ascuas de fuego amontonas sobre su cabeza» (Ro. 12:20)

2.- Cuida las formas. Cuando dos personas están enojadas, los gestos y los detalles son muy importantes porque influyen mucho en el resultado final. Ello es así porque permiten *crear el ambiente propicio para la paz*. Por ejemplo:

*.- Procura *hablar siempre sentados*. Se ha comprobado que estar de pie aumenta la agresividad (por ello no hay actualmente localidades de pie en los campos de fútbol)

*.- Cercanía física. En la medida que la relación lo permita (vg. matrimonio, padres e hijos etc.) *acercaos físicamente*. Cuanto más cerca, más probable es que puedas mirarle a los ojos y descubrir en el otro un tú lleno de sentimientos y necesidades. La mayoría de peleas se acabarían en el momento en que fuéramos capaces de ver en el tú a un ser humano por quien Cristo murió y no un enemigo objeto de mi ira. En el caso de los matrimonios, el hablar cogidos de la mano es la máxima expresión de lo que decimos.

3.- Preparación: oración y silencio. Antes de empezar a hablar para solucionar el conflicto, orad juntos, en voz alta si es posible. La oración tiene un poder extraordinario para cambiar nuestras actitudes y nuestros estados de ánimo (Fil. 4:6-7). De la misma manera, un breve momento de silencio, dos-tres minutos, aquieta el espíritu para iniciar la conversación.

4.- «Prohibido» chillar e insultar. Hablad en el tono de voz más suave posible. El volumen de la voz es inversamente proporcional a las posibilidades de reconciliación; cuanto más se chilla, más difícil es llegar a acuerdos. El levantar la voz, aumenta la agresividad, y a la inversa: «la blanda respuesta quita la ira, mas la palabra áspera hace subir el furor» (Pr. 15:1. Ver también Pr. 25:11) igualmente, evita las palabras ofensivas, la descalificación personal. Ningún desacuerdo, por grave que sea justifica insultar al otro o faltarle al respeto.

5.- Las palabras fruto de la ira apenas tienen valor. Este es un punto importante: cuando uno está muy enojado, las palabras no expresan lo que de verdad hay en su corazón o en su mente, sino sólo el sentimiento de ira del momento. Es un hecho conocido que la ira ofusca la mente, obceca hasta la enajenación en casos extremos. Esta realidad es bien conocida por jueces y psicólogos. Por consiguiente, la creencia popular de que «cuando uno está enfadado dice lo que de verdad lleva dentro» es errónea y de consecuencias nefastas, porque se suele

hacer un «museo» con estas desdichadas palabras que se guardan durante años. Nunca prestes demasiada atención a las palabras dichas en medio de una pelea.

6.- Busca la paz, no que te den la razón. Muchas personas se acercan al otro después de una discusión con un enfoque judicial. Aun sin darse cuenta, lo que buscan es que se les dé la razón o que se les desagravie. Si surge la disculpa o la petición de perdón, tanto mejor, pero ello no siempre es posible porque en muchos motivos de discusión, más de los que imaginamos, ambos tienen su parte de razón. Simplemente ven las cosas desde puntos de vista diferentes. Una realidad universal es que no todos vemos la misma realidad de igual manera. En estos casos es importante *ponerse de acuerdo en que están en desacuerdo*. De ahí nuestra última sugerencia.

7.- Escucha de verdad y ponte en el lugar del otro. ¿Por qué digo escucha «de verdad»? La inmensa mayoría de veces, en medio de un enfado, lo máximo que hacemos es oír al otro, pero raras veces le escuchamos. Escuchar implica un esfuerzo por entender sus reacciones, por qué habrá dicho o hecho tal cosa, qué razones o explicaciones puedo encontrar a su forma de actuar. Cuando este esfuerzo es mutuo, la paz viene sola.

A pesar de todo ello, no siempre es posible «ventilar el tema» el mismo día, antes de acostarse. A veces, incluso es preferible no hacerlo porque alguna de las dos partes está muy encendida y el fuego puede volver a avivarse si retoman el asunto demasiado pronto. Ya sea por razones de temperamento o por la naturaleza del problema en cuestión, en ocasiones es mejor «dormir sobre el asunto», dejarlo enfriar. En este caso, lo ideal es intentar hablar de nuevo al cabo de uno o dos días. Muchas veces descubrirán con sorpresa que ya no necesitan hacerlo porque el problema no les afecta tanto. ¿Qué ha ocurrido? Al apagarse el enojo, el problema motivo de la discusión ha quedado reducido a su tamaño real, mucho menor del que parecía tener horas antes. Sí, los sentimientos negativos, en este caso la ira (ocurre también con la ansiedad, la tristeza y otros sentimientos) siempre nos hacen ver los problemas mucho mayores de lo que en realidad son.

Estas sugerencias son como semillas. Su siembra paciente, realizada con humildad y espíritu de oración, es terreno bien abonado para que el Señor de nuestras relaciones las haga fructificar. Puede llevar su tiempo, como toda siembra, pero no te desanimes porque hay alguien aun más interesado que tú en derribar muros de separación: el Señor Jesús, cuyo ejemplo nos inspira y cuya gracia nos fortalece en la debilidad.

Dr. Pablo Martínez Vila

Perdonar y pedir perdón

Del conflicto a la reconciliación (II)

«Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la misma manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros» (Col. 3:13)

En el camino que lleva a la reconciliación hay un paso fundamental: el perdón. Es el sello que rubrica el final de una disputa y constituye el ingrediente más distintivo del cristiano en cualquier conflicto. El perdón está en el corazón mismo del Evangelio. Todo el mensaje cristiano gira alrededor del perdón de Dios a través de la cruz de Cristo y nos impele a nosotros, como discípulos suyos, a ofrecer o a suplicar perdón allí donde sea necesario. Fallar u obedecer en este punto viene a ser un test básico de nuestra madurez cristiana.

¿Qué nos enseña la Palabra de Dios sobre este tema? Necesitamos entender bien qué es perdonar y sus implicaciones prácticas.

El perdón va más allá de la paz. La paz no siempre es posible. A pesar de todos los pasos y esfuerzos comentados en el anterior artículo, a pesar de la mejor disposición que uno pueda tener, hay ocasiones cuando no se logra restaurar una relación rota. El apóstol Pablo ya lo deja entrever en su clara exhortación a la paz: «Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres» (Ro. 12:18). Pablo, hombre curtido en mil conflictos, inicia el versículo con dos notas previas: «si es posible» y «en cuanto dependa de vosotros». Estas dos pequeñas cláusulas le dan un toque de realismo imprescindible y nos liberan de expectativas exageradas. La paz no siempre es posible sencillamente porque es cosa de dos, no depende de una sola parte. Nuestra responsabilidad -lo que se espera de nosotros- es intentarlo, tomar la iniciativa, hacer todo lo posible para llegar a «estar en paz con todos los hombres». Los resultados ya no están en nuestras manos.

«Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc. 23:34). El ejemplo del Señor Jesús es bien elocuente. En ningún momento él regateó esfuerzos para estar en paz con sus contemporáneos, a los que amó hasta el momento mismo de su muerte. Sin embargo, a pesar de su carácter santo, irreprochable, vivió rodeado de enemigos que, en último término, le llevaron a la cruz. ¿Cómo se explica esta paradoja? No podemos acercarnos al tema de la reconciliación olvidando la realidad del pecado. Vivimos en un mundo donde el diablo tiene como una de sus metas dividir, separar, alzar muros entre las personas. Por esta razón, habrá ocasiones en que todos nuestros esfuerzos por lograr la paz serán baldíos.

El perdón, sin embargo, no necesita de la paz. No depende de la reconciliación, va más lejos de la restauración de la relación. El ejemplo del Señor, de nuevo, nos marca la pauta. Clavado ya en la cruz, ridiculizado y torturado por los enemigos a los que había intentado amar, cerca ya de la agonía, pronuncia unas memorables palabras que contienen, en forma de síntesis luminosa, el meollo del Evangelio: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». (Lc. 23:34)

Aunque la reconciliación no sea posible, siempre hay algo que el cristiano puede y debe hacer: *perdonar*.

La práctica del perdón

Transformando heridas en cicatrices. Perdonar implica eliminar todos los sentimientos y pensamientos negativos hacia la otra persona. El resentimiento, el odio, el deseo de venganza deben desaparecer con el perdón genuino. En este sentido, perdonar es un proceso similar a la curación de una herida: al principio, está abierta, sangra fácilmente y duele. Pero, una vez se ha

convertido en cicatriz, ya no duele ni sangra. El perdón es como transformar heridas abiertas en cicatrices. De esta ilustración se desprenden varios aspectos importantes.

Un proceso largo y costoso. La disposición a perdonar puede –y debería- ser inmediata; ésta es la voluntad de Dios. Pero llegar a completar el proceso emocional y moral del perdón suele llevar su tiempo. Hay un camino a recorrer desde el momento en que se decide perdonar hasta que se hace efectivo. Recordemos el caso de José en el Antiguo Testamento. Perdonó a sus hermanos (ver los emotivos pasajes de Gn. 45 y Gn. 50), pero no antes de pasar por un dilatado proceso (seguramente meses) en el que tuvo que luchar contra sus propias reacciones. Es importante, sin embargo, afirmar desde el primer momento: «estoy decidido a perdonar, aunque la curación de mis heridas requiera más tiempo».

Puedes hacerlo tú solo. El perdón puede ser unilateral: yo puedo, y debo, perdonar aunque la otra persona se muestre reacia a perdonar o ser perdonada. Puedo perdonar en la intimidad de mi corazón, en secreto, sin que la otra parte lo sepa. Este fue el caso de Esteban cuando, a punto de morir exclamó: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado» (Hch. 7:60). Debemos estar dispuestos a perdonar aunque no se nos pida, o incluso cuando siguen ofendiéndonos.

¿Amigos de nuevo? La meta primera del perdón no es que las partes enfrentadas vuelvan a ser amigas, sino que eliminen el veneno de su corazón. Hay veces en que es imposible volver al mismo tipo de relación después de una ofensa grave. Así ocurre, por ejemplo, en algunos casos de divorcio. Dios no nos pide un ejercicio de masoquismo restaurando relaciones imposibles. La reconciliación es un resultado deseable, pero no siempre posible. Pero sí que *nos pide amar al ofensor* con el amor sobrenatural que es fruto del Espíritu, el agape de Cristo. Alguien dijo que el perdón es la mejor manera de librarse de los enemigos. Esta es exactamente la idea de Ro. 12:20-21.

¿Perdonar requiere olvidar? La mente humana es como un álbum de recuerdos que permanecen para siempre. No podemos esperar que el perdón borre estas memorias. Ello sería absurdo. Cuando hay perdón, el recuerdo de una experiencia dolorosa sigue ahí, pero ya no evoca sentimientos negativos u odio. La idea de la cicatriz nos ayuda a entenderlo: la cicatriz es el recuerdo de un trauma pasado; queda ahí para siempre, pero ya no duele ni sangra ni se infecta. La herida está cerrada. *No podemos borrar los recuerdos de nuestra mente, pero sí podemos quitar el veneno de esos recuerdos.* En realidad, recordar puede ser positivo porque nos evita repetir los mismos errores o faltas. Alguien dijo, refiriéndose al holocausto judío, que recordar es la mejor vacuna para no repetir.

El problema con la frase «yo perdono, pero no olvido», frecuente en labios de algunas personas, es que siguen albergando deseos de venganza y resentimiento en su corazón. No hay un simple recuerdo; es el recuerdo más su correspondiente dosis de veneno. Esta actitud sí es pecado.

Dios es el único que puede perdonar y al mismo tiempo olvidar porque Él está fuera del tiempo «Yo, yo soy el que borro tus rebeliones... y no me acordaré de tus pecados» (Is. 43:25)

Aprendiendo a perdonar

Un antiguo proverbio latino dice: «Errar es humano, perdonar es divino». Si el perdón tiene un origen divino, ¿cómo estimular esta práctica tan importante en las relaciones humanas? El aprendizaje del perdón se fundamenta en dos grandes realidades cuya ausencia va a dificultar mucho un perdón genuino.

Ser conscientes de nuestros pecados.

Tomar conciencia de nuestras propias faltas es el requisito inicial para perdonar. Si no somos capaces de ver primero «la viga» en nuestro propio ojo, difícilmente llegaremos a perdonar al prójimo. Este fue el procedimiento que siguió Jesús en casa de Simón el fariseo (Lc. 7:36-50). Simón veía con nitidez los pecados de aquella mujer, pero estaba ciego ante sus propias faltas. Por ello, Jesús las pone al descubierto: «no me diste agua para mis pies... no me diste beso... no ungiste mi cabeza con aceite» (Lc. 7:44-46). Es interesante observar que eran pecados de *omisión*: Jesús no le recrimina un mal que había cometido, sino un bien que había dejado de hacer. Y es que, para Dios, tan graves son nuestros pecados de omisión como los de comisión. La reprobación del Señor a Simón apunta a un aspecto crucial: la esencia del pecado no está en el mal que le hacemos al prójimo, sino en el bien que dejamos de hacerle a Dios: dejar de darle la honra y adoración que merece (como se expresa claramente en Ro. 1:21).

Por tanto, perdonar requiere, primero, arrojar luz en los oscuros rincones de nuestra conducta y descubrir la sutileza del pecado que «mora en mí»: el egoísmo en nuestras motivaciones, la soberbia, el orgullo, el laberinto de nuestras pasiones, nuestro potencial violento, la vanidad y una lista larga de «obras de la carne» se ponen al descubierto cuando nos miramos en el espejo de la Palabra de Dios. Los seres humanos tenemos la vista muy fina para ver la «paja» del ojo ajeno, pero sufrimos **miopía** a la hora de descubrir nuestras faltas.

La incapacidad para reconocer el pecado propio es un gran obstáculo para perdonar porque lleva a la **soberbia**. Y una persona soberbia trata a los demás con tanta severidad como es indulgente consigo misma. Este fue el problema de Simón en particular y de los fariseos en general. Por ello Jesús, en otra ocasión tuvo que avergonzarles con aquel reto: «el que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella» (Jn. 8:7). Por el contrario, reconocer nuestras faltas nos pone en una situación de **humildad**, nos hace sentir «pobres» delante de Dios y nos lleva a exclamar la petición del Padre nuestro «perdónanos nuestras deudas (ofensas) como nosotros perdonamos a nuestros deudores (ofensores)». (Mt. 6:12)

Experimentar el perdón de Cristo

Simón tenía dificultades para aceptar y amar a la mujer pecadora no sólo por su orgullo, sino también porque él mismo no había experimentado el perdón: «aquel a quien se le perdona poco, poco ama» le dijo Jesús (Lc. 7:47). En la medida en que yo me siento deudor de Dios -conciencia de pecado- y perdonado por Él, seré capaz de perdonar al prójimo.

Es cierto que el perdón no es patrimonio exclusivo de los cristianos; pero el creyente es quien está en mejores condiciones para perdonar porque él mismo lo ha experimentado. Suplicar el perdón de Cristo y recibirlo nos obliga moralmente a perdonar: «si el Señor me ha perdonado tanto a mí, ¿cómo no voy a perdonar yo tan poco a mi prójimo?» Este efecto motivador del perdón divino actúa también por la vía del ejemplo, no sólo de la obligación moral: «De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros» (Col. 3:13). ¡Qué gran privilegio y qué gran reto! Para cumplirlo contamos con el poder de su gracia.

Dr. Pablo Martínez Vila

¿Réquiem por la fe cristiana?

El título que encabeza el presente «tema del mes» puede suscitar juicios contradictorios. Algunos posiblemente contestarán interiormente con un Sí sin titubeos. La Iglesia cristiana parece seriamente amenazada por las corrientes de pensamiento postmodernas. Da muestras de debilitamiento, especialmente en el mundo occidental, donde no pocos templos están prácticamente vacíos en las horas de culto. En algunos países de Europa templos hay que han dejado de serlo; vendidos para aliviar la penuria económica de las iglesias locales propietarias, se han convertido en centros de actividades culturales, comerciales o incluso lúdicas. En muchos casos, los creyentes viven un cristianismo frío, desangelado, con escasas convicciones sólidas y débil testimonio cristiano. ¿Sería una exageración decir que la fe de tales personas agoniza? Pero ese cuadro tiene un reverso. El mensaje del Evangelio está ganando cientos de miles de almas para Cristo en muchos países de Latinoamérica, África y Asia. Se ven iglesias llenas de creyentes que gozosamente alaban a Dios y dan testimonio entusiasta de su fe. Su vida espiritual, lejos de aparecer amortecida, en peligro de extinción, vibra vigorizada.

A la vista de ese doble panorama, ¿qué podemos decir? ¿Que la Iglesia cristiana está viviendo su ocaso o, por el contrario, que está a las puertas de un gran avivamiento? La respuesta no podemos darla guiados por lo poco que sabemos de lo que acontece en el mundo. Tampoco podemos formularla por la dirección de nuestros anhelos e ilusiones y menos aún por nuestras decepciones y nuestros temores, fruto por lo general de un pesimismo innato. La realidad no es ni negra como el azabache ni luminosa como el amanecer de un día sin nubes. Y la realidad en lo que concierne a la fe es variopinta y variable. Si nos atenemos a las indicaciones de la Palabra de Dios, veremos que la experiencia del creyente y -por extensión- de la Iglesia se vive en un campo de batalla. Hay fuerzas que combaten para destruir la fe y fuerzas que pugnan para sostenerla y vigorizarla.

Fuerzas anticristianas actuales

A nadie debe sorprender que en algunos momentos de su historia la Iglesia parezca retroceder en el campo de batalla y que la fe se vea nublada. Debemos recordar las palabras del Señor: «Cuando el Hijo del hombre venga ¿hallará fe en la tierra?» (Lc. 18:8), y «por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará» (Mt. 24:12). Lo mismo sucederá con la fe a causa de falsos profetas (Mt. 24:5, Mt. 24:11): El apóstol Juan nos enseña que «ya es el último tiempo»; y que «tal como oísteis que el Anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos» (1 Jn. 2:18). Identifiquemos por su nombre algunos de los «anticristos» más peligrosos de nuestro tiempo:

El relativismo

Los maestros de esta escuela enseñan que la verdad varía de una persona a otra, según sea la cultura y la época en que se vive. No hay, por consiguiente, una verdad objetiva, sólida y definitiva. No hay -dicen- verdades absolutas. Todos los conceptos están sometidos a variación constante. Todo lo que expresan es relativo. Este principio puede ser «verdadero» y aconsejable en el campo científico, pero no en el religioso y en la esfera moral. Obviamente el relativismo elimina toda certidumbre; destruye los elementos más sólidos de la confianza cristiana. Si la realidad de Dios hoy puede desfigurarse o desaparecer mañana, se desmorona la «Roca de los siglos». ¿Dónde clavaremos el ancla de nuestra confianza?

La filosofía relativista es la negación más absoluta de lo enseñado por Cristo: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn. 8:32). La verdad de Dios, de su existencia, no es una realidad mutable que incluso puede dejar de existir. El Dios cristiano es el eterno «Yo soy», la Verdad suprema e inmutable que la Iglesia cristiana retiene siglo tras siglo como fundamento de su fe.

El individualismo

Puede considerarse hijo natural del relativismo. Si no hay ideas y valores absolutos, universales, si las corrientes de pensamiento van y vienen sin que quede nada estable, ¿a quién o a qué nos asiremos para ordenar nuestras creencias y las pautas de nuestro comportamiento? En la actualidad el mundo de las ideas es un galimatías, por lo que resulta difícil decidirse por una opción determinada. Aun en el «mercado» religioso la oferta es tan diversa y tan poco atractiva en opinión de muchos que va en aumento el número de quienes preparan su menú espiritual «a la carta». Ellos deciden a qué confesión religiosa se van a adherir, que doctrinas van a creer y de qué modo van a vivir. Pero esta decisión choca frontalmente con la enseñanza bíblica que presenta a Dios como el Señor de nuestra vida. En su misericordia, de una creación arruinada por el pecado, está sacando una nueva creación en Cristo; está formando un pueblo, un cuerpo del que Cristo es cabeza. En el cristianismo no cabe el individualismo. Pero debemos reconocer que éste tiene una fuerza poderosa y que aun el cristiano está expuesto a su influencia.

El laicismo

Prevalece hoy en el mundo democrático el principio de laicidad del Estado, según el cual éste debe mantenerse en absoluta independencia de toda confesión religiosa. Este principio en sí es recomendable, pues la historia nos ha enseñado que la alianza trono-altar no es buena ni para el Estado ni para la Iglesia. Sucede, sin embargo, que la laicidad ha dado lugar al laicismo, término que nació en el siglo XIX en oposición al de clericalismo. Y en nuestro tiempo, de modo creciente y pese al respeto teórico hacia todas las creencias, el laicismo, en el fondo, se convierte en repudio despectivo de todo lo religioso. Más y más se piensa que la fe ha de vivirse en un ámbito rigurosamente privado, el propio de la conciencia de cada individuo. Finalidad: que la Iglesia no alce su voz fuera de sus templos y deje a las instituciones del Estado la regulación de las normas políticas y morales. Amplios sectores de la sociedad ven en la fe religiosa un residuo del pasado que conviene sustituir por ideas más racionales, más progresistas; y, aunque no lo confiesan abiertamente, combaten en la medida de sus posibilidades toda idea de trascendencia. Al servicio de su causa movilizan los modernos medios de comunicación para influir en amplias masas de población. Característica de su modo de actuar es que no siempre mantienen su discurso en un plano serio y respetuoso, sino que sutilmente introducen en él elementos mordaces con lo que, al parecer, pretenden ridiculizar y desprestigiar los valores religiosos, particularmente la fe cristiana.

Todavía hay países en los que los cristianos son perseguidos abiertamente; pero más peligrosa que ese tipo de oposición es la de un laicismo intolerante. Contra estos ataques la Iglesia cristiana ha de perseverar en su testimonio, con sabiduría, humildad y coraje.

El hedonismo

En todos los tiempos el ser humano ha tenido ansias de placer. Ya los antiguos romanos tenían un lema cautivador: «Panem et circenses» (pan y circo). En el transcurso de los siglos las fuentes de placer se han multiplicado, aunque en el fondo son las mismas, pues el mundo no puede dar lo que no tiene. Sobresale la posesión de bienes materiales (materialismo), lo cual lleva a la envidia, la ambición insaciable; finalmente al tedio. No menos cautivador es el goce sexual, que frecuentemente carece de verdadero amor y degenera en mera animalidad.

Las redes del hedonismo han sido una trampa en la que se han enredado multitud de seres humanos, incluidos no pocos creyentes.

Efectos de la influencia de esas fuerzas en la Iglesia

Mundanalidad

Desde los primeros siglos del cristianismo ha sido constante el peligro de una infiltración del mundo en la Iglesia con las corrientes de pensamiento de la época, sus estilos de vida, la propensión a formas de diversión de moralidad pagana, la pasión por los bienes, honores y poder, propia -por naturaleza- de todo ser humano. Juan, en su primera carta, expone este peligro claramente «No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1 Jn. 2:15). En muchos momentos los cristianos damos la impresión de que en vez de que la Iglesia penetre en el mundo es el mundo el que penetra en la Iglesia debilitándola en su espiritualidad y en su testimonio. Con excesiva frecuencia apenas se ve diferencia entre el cristiano y el no creyente (a veces personas sin fe superan en rectitud y bondad a muchos que se confiesan seguidores de Cristo), con lo que la evangelización pierde toda eficacia. Es en este campo donde el pueblo cristiano está perdiendo batallas decisivas.

Teología moderna

Es triste reconocerlo, pero uno de los peligros más sorprendentes es la influencia de algunos profesores de Teología que, imbuidos de ideas filosóficas de corte racionalista y amantes de la crítica histórico-literaria, han desvirtuado las enseñanzas bíblicas hasta el punto de que sus interpretaciones de la Escritura y sus formulaciones teológicas son auténticas herejías. Este mal se ve en muchos seminarios -afortunadamente no en todos-, lugares en los que no pocos creyentes fieles han sufrido el naufragio de su fe. No es una exageración decir que a menudo las ideas de algunos teólogos modernos, exhibidas como signo de erudición, han causado más daño a las iglesias que los ateos más corrosivos. Estas personas han sido críticos más que defensores de la fe. Y eso dentro de la comunidad creyente. ¿Nuevo «caballo de Troya»?

La carnalidad de muchos cristianos

Pablo describe la lucha contra este enemigo con gran precisión: «El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí...» (Gá. 5:17). La carne no son solamente los apetitos sensuales en la esfera corporal (Gá. 5:19); incluye también los llamados «pecados del espíritu»: «enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, divisiones, sectarismos, envidias» (Gá. 5:20-21). En Corinto poco faltó para que estos pecados arruinaran la Iglesia (1 Co. 1:11-12, 1 Co. 3:3). Muchas comunidades cristianas han sido desgarradas -algunas incluso destruidas- por la carnalidad en forma de rivalidades, ansias de poder, dogmatismo, intolerancia, luchas intestinas. ¿Sería una hipérbole afirmar que la carnalidad daña a la Iglesia cristiana más que las más fieras persecuciones?

Poderes malignos invisibles

El apóstol Pablo nos revela que la Iglesia cristiana no sólo tiene enemigos visibles. También ha de enfrentarse a fuerzas invisibles, «huestes espirituales» diabólicas (Ef. 6:12), las cuales, en alianza con los adversarios mencionados, tratan de destruir la obra de Dios.

Visto en su conjunto el campo de los enemigos que pugnan contra la fe del creyente, y habida cuenta de nuestra debilidad humana, parecería justificado el desaliento e incluso el miedo a que la Iglesia del Señor llegue a desaparecer. Pero es ya hora de que fijemos nuestra vista en las fuerzas que actúan en favor del «ejército» cristiano.

Aliados en la defensa

Universalidad del instinto religioso

Este factor es de índole natural, y común a las más variadas creencias. Lo ha sido en todos los países y en todos los tiempos. Aun los pueblos más primitivos dedujeron de los fenómenos naturales la creencia en una divinidad poderosa que, para bien o para mal, influía decisivamente en los asuntos propios de la humanidad. Es que en el espíritu humano ha habido siempre un anhelo de trascendencia tan profundo como intenso. Nada ni nadie puede extinguirlo. En el siglo pasado el comunismo marxista intentó acabar con la religión, «opio del pueblo», pero tan pronto como cayó el telón de acero levantado en sus fronteras, la religión resurgió con renovado vigor. Curiosamente el colapso de la URSS comunista se debió en gran parte a la resistencia de iglesias cristianas. En Rumanía el inicio de la revolución en 1989 tuvo lugar precisamente por la acción de los creyentes de Timisoara, liderados por un pastor reformado. En la China la represión antirreligiosa todavía subsiste en forma de controles y prohibiciones, complementados con la difusión de una ideología atea; pero en el transcurso de las últimas décadas el número de cristianos evangélicos se ha multiplicado por cincuenta. En el momento actual esa cifra se eleva a varios millones, en su mayoría miembros de la «Iglesia subterránea». La historia de todos los tiempos apoya la idea de que, sin Dios, el alma humana queda inmersa en un vacío desolador. Dios existe; pero, si no existiera, el hombre tendría que crearlo. Ha intentado hacerlo cuando no ha tenido mayores luces y su religiosidad, fundamentalmente fenoménica, ha sido dominada por la superstición.

Hoy el fenómeno religioso se distingue por la pluralidad, profusa en credos y formas de culto. Algunos lo ven como una nueva Babel. Sin embargo, la persona que examina esa diversidad con objetividad y discernimiento llegará a descubrir la superioridad del mensaje cristiano. En él se encuentra la quintaesencia de la verdad religiosa. Y, dentro de la cristiandad, esa persona configurará su credo a la luz de las enseñanzas bíblicas, centradas en la persona y la obra de Jesucristo.

Sin embargo, hay fuerzas que superan con creces la del instinto y contribuyen coordinadamente a la defensa de la fe y a su triunfo final:

El poder de Cristo

Fue él mismo quien dijo de su Iglesia: «Las puertas del Hades (el imperio de la muerte) no prevalecerán contra ella» (Mt. 16:18). Y después del triunfo de su resurrección añadió: «Toda potestad me es dada en el cielo y sobre la tierra» (Mt. 28:18). Pablo, por su parte, declara que «es preciso que él (Cristo) reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies» (1 Co. 15:25). Y el libro del Apocalipsis, que nos muestra con singular dramatismo el conflicto de la Iglesia cristiana contra las fuerzas hostiles a la fe, no deja lugar a dudas: la victoria será de Cristo, quien un día será proclamado «Rey de reyes y Señor de señores» (Ap. 19:16). El Salvador de la Iglesia ruega por sus redimidos para que su fe no falte (Lc. 22:32); restaura al discípulo que en una hora de debilidad le niega (Jn. 21:15-19), y asegura que está con sus discípulos «todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mt. 28:20). Con él como Rey supremo, su pueblo puede sufrir retrocesos y derrotas parciales; pero la victoria final está asegurada.

El Espíritu Santo

El Señor Jesucristo, tras anunciar a sus discípulos que debía volver al Padre, les prometió la venida del Espíritu Santo, que estaría con ellos -y en ellos- para guiarlos en el conocimiento de la Verdad (Jn. 14:16, Jn. 15:26, Jn. 16:7) y para darles el consuelo y aliento que en todo momento necesitarían. El término griego que Juan usa preferentemente para designar al Espíritu Santo es Parákletos que significa «persona que está al lado de otra para ayudarla» (Jn. 14:16). La acción

de este Paraclete tiene mucho de misterioso. Comparable al viento, no se sabe de dónde viene ni a dónde va. Deducimos su presencia y su auxilio por los efectos que produce en el creyente: capacidad para superar las dudas, inspiración en la mente de pensamientos santos, valor para testificar de Cristo, poder y fuerzas renovadas en las horas de bajamar espiritual, convicción y sensación de que Cristo mismo, por medio de su Espíritu, está al lado para auxiliar en la lucha de la fe.

La Palabra de Dios

Pese a lo mucho que en el mundo se ha hecho para ridiculizar, desacreditar e incluso destruir físicamente las Escrituras Sagradas de la Iglesia cristiana, el Libro por antonomasia ha sido desde los tiempos de Gutenberg el más leído, el traducido a más lenguas, el más comentado, el más amado por millones de creyentes que, al igual que el salmista, han hallado en sus páginas «lámpara para sus pies y antorcha para su camino» (Sal. 119:105): instrucción, consuelo, estímulo, fuerza moral para abandonar formas de conducta condenadas por su conciencia, ideales nuevos, ennoblecedores... En el sentido más pleno, la Palabra de Dios resumida en el Evangelio es «poder de Dios para dar salvación a todo aquel que cree» (Ro. 1:16)

La Biblia ha sido y sigue siendo el medio de que Dios se vale para la conversión y transformación de innumerables seres humanos. Asimismo la usa para irradiar al mundo la luz de su Verdad. Los enemigos pueden luchar contra la divina Palabra, pero, como cantamos en el himno de la Reforma escrito por Lutero, «sin destruir la dejarán, aún mal de su grado, esta Palabra del Señor. Él lucha a nuestro lado».

La providencia

Una de las doctrinas bíblicas más consoladoras, bien que también de las más insondables, es la de la providencia divina, la reiterada afirmación de que todas las cosas, todos los acontecimientos, están bajo el control de Dios; y que todo, incluida el libre actuación de los hombres, de alguna manera contribuye a la realización de los soberanos propósitos de Dios. En algunos casos él ha permitido que las fuerzas hostiles a su pueblo avanzaran peligrosamente (los periodos oscuros en la historia de la Iglesia); pero siempre Dios ha sostenido a sus fieles y los ha revigorizado mediante avivamientos maravillosos. Así ha sido siempre, y así será hasta que Cristo vuelva. Al final de las edades, cuando todos los adversarios hayan sido derrotados y «la gran Babilonia» haya caído, la multitud de los redimidos clamará: «¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso ha establecido su reinado!» (Ap. 19:6).

Si ese reinado ya ha comenzado en Cristo, ¿por qué no unir nuestras voces ya ahora al gran coro celestial y seguir «firmes y adelante» en la lucha por la fe?

José M. Martínez

«Si el mundo os aborrece...»

Los cristianos ante la oposición y el rechazo

¿Se han reído alguna vez de tu fe? ¿Se burlan de tus principios morales, de tu conducta y te tildan de «anticuado»? ¿Has llegado a tener problemas en el trabajo, incluso hasta el punto de perder oportunidades de mejorar profesionalmente a causa de tu testimonio? ¿Se ha roto una buena relación por ser coherente con tus principios cristianos? La respuesta afirmativa a estas preguntas significa que has experimentado formas de oposición a tu fe, abiertas o sutiles.

Por ello necesitamos refrescar nuestras fuerzas cansadas de bregar en un mundo cada vez más hostil al cristianismo. Con este propósito nada mejor que recurrir a la llamada Carta Magna del Evangelio -el Sermón del Monte (Mt. 5:1-12)- y recordar el consuelo que el Señor da a todo al que sufre algún tipo de oposición a causa de su fe.

Bienaventurados los que padecen persecución

Las Bienaventuranzas no son un conjunto de frases o exclamaciones aisladas; forman un todo que se va desarrollando progresivamente hasta alcanzar un clímax. Podríamos compararlo a los peldaños de una escalera que nos lleva a un lugar alto. Cada peldaño tiene relación con el anterior y con el que le sigue, son interdependientes e inseparables. Esta secuencia natural se inicia, de forma lógica, con la identidad básica del discípulo de Cristo: declararse «pobre en espíritu» es algo así como el carnet de identidad del creyente. El concepto que yo tenga de mí mismo va a ser la pauta que moldee todas mi relaciones con los demás y, en especial, con Dios. Si me siento rico, no voy a necesitar a Dios; ésta es la razón por la que tantas personas hoy dicen no tener necesidad de un Dios personal, porque al igual que la iglesia de Laodicea afirman, llenos de autocomplacencia, «yo soy rico y me he enriquecido y de ninguna cosa tengo necesidad» (Ap. 3:17). La autosuficiencia ha sido siempre una de las raíces de la rebeldía del hombre con Dios y fuente de la mayoría de sus problemas de relación con el prójimo.

Por tanto, el inicio de las Bienaventuranzas parece lógico porque nadie puede acercarse a Dios si no es de rodillas, con la humildad del «pobre en espíritu». También los peldaños siguientes de la escalera nos parecen naturales porque describen una serie de cualidades esenciales del discípulo de Cristo, la mayoría de ellas relacionadas con el carácter moral del creyente. En la vida cristiana las actitudes vienen antes que los actos, el ser antes que el hacer. La ética del discípulo, su conducta, es siempre consecuencia de su nueva naturaleza espiritual. Invertir este orden puede llevar al activismo o a un mero humanismo.

Sin embargo, la «escalera» de las Bienaventuranzas termina de forma sorprendente. Nos lleva a un clímax inesperado. Después de referirse a los pacificadores, la mención de la persecución parece, a primera vista, extraña. Pero no lo es. Y aquí es donde se hace evidente la relación estrecha de cada Bienaventuranza con la inmediata anterior. Jesús sabía muy bien que cuando el discípulo vive a la altura de las demandas morales de estas Bienaventuranzas y refleja el carácter de Cristo, se convierte en sal y luz (Mt. 5:13-16), lo cual es molesto para muchos. El hombre natural, no regenerado, no soporta que el creyente alumbre a su alrededor poniendo al descubierto la suciedad moral en tantas áreas de su vida. Por ello reacciona con frecuencia haciéndole «la vida imposible» al creyente, con una oposición que puede revestir las más diversas formas, desde el martirio hasta la burla cínica. Una fe comprometida, aplicada a cada área de la vida, molesta. Por el contrario, una fe «descafeinada» pasa inadvertida y no despierta ninguna reacción alrededor. En este aspecto, el grado de oposición que un creyente experimenta se convierte en un buen termómetro –no el único, por supuesto- de la coherencia de nuestra vivencia cristiana.

La oposición es algo natural en la vida del creyente

Según la enseñanza de Jesús en este texto, sufrir persecución forma parte del grupo de ocho cualidades morales que definen el carácter del discípulo. No va aparte como algo excepcional, sino que es algo normal en la vida cristiana. La oposición, la burla y el rechazo serán una característica tan propia del discípulo como la de ser manso, pacificador o limpio de corazón.

De hecho, llama la atención que se le da un énfasis especial porque es la única Bienaventuranza que aparece repetida dos veces (Mt. 5:10-11). La primera vez, Mt. 5:10, aparece en tercera persona: «ellos o aquellos», al igual que en las otras. Luego, Mt. 5:11, se usa la segunda persona: «vosotros sois bienaventurados cuando por mi causa os vituperen y os persigan....». No debe ser casualidad que ésta sea la única Bienaventuranza que recibe un trato especial con este doble énfasis.

Un creyente no debe sorprenderse de la oposición a su fe o incluso del rechazo a su persona. En realidad, es una anomalía que el discípulo de Cristo no lo experimente en algún momento de su vida: «¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!» dijo el mismo Señor precisamente en el pasaje paralelo de Lucas (Lc. 6:26). El apóstol Pablo le recuerda a Timoteo con gran naturalidad: «Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2 Ti. 3:12).

Una última referencia que nos muestra la normalidad de la oposición y el rechazo que sufre el creyente nos la da el apóstol Pedro: «Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los sufrimientos de Cristo... Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros» (1 P. 4:12-14). ¡Qué promesa más estimulante para todos aquellos que están viviendo este tipo de situación!

Formas contemporáneas de persecución

Por desgracia, son todavía muchos los países donde los creyentes sufren persecución física y son encarcelados, torturados e incluso muertos por su fe. La Iglesia es perseguida hoy en algunas zonas del mundo tanto como los primeros cristianos bajo el yugo del Imperio Romano. Sabemos que ha habido más mártires cristianos en el siglo XX que a lo largo de todos los siglos anteriores. No podemos olvidar esta triste página de la Historia en el siglo aparentemente más «civilizado». La sangre de los mártires no es un una reliquia del pasado, sino una tremenda realidad hoy.

Sin embargo, para nosotros en Occidente, la persecución adquiere formas mucho más sutiles: el rechazo social como colectivo evangélico, la burla, el comentario cínico del compañero de estudios por nuestra moralidad diferente, la ironía en el trabajo por nuestros principios éticos, incluso la discriminación flagrante por parte de las autoridades. No digamos ya nada de la reacción beligerante de algunos colectivos dispuestos a llevar a juicio y si procede a encarcelar a todo aquel que no piense como él.

Se ha dado un caso reciente en Suecia donde un pastor evangélico fue encarcelado varios meses por afirmar que la homosexualidad es un pecado. Es una de las paradojas más llamativas de nuestra sociedad: es tolerante con todos menos con los cristianos; todo el mundo tiene derecho a expresar sus opiniones menos los que creemos que Jesucristo es el «único camino al Padre, la verdad y la vida» tal como él mismo expresó (Jn. 14:6). Como decía alguien, «el único absoluto permitido hoy es la insistencia absoluta en que no hay absolutos». Por supuesto, el creyente no está de acuerdo con esta intolerancia disfrazada de hipertolerancia y, al oponerse, va a sufrir las consecuencias. «Nada nuevo bajo el sol», como diría, el autor del Eclesiastés,

«porque el siervo no es mayor que su señor, y si a mí me han perseguido, a vosotros también os perseguirán» (Jn. 15:20).

Nuestra reaccion ante la oposici3n

«Gozaos y alegraos porque vuestro galard3n es grande en los cielos» (Mt. 5:12).

Jes3s, una vez m3s nos sorprende. Lo 3ltimo que uno esperar3a en momentos de tribulaci3n es una invitaci3n al gozo y la alegr3a. Pero la ense1anza de Jes3s en general y el Serm3n del Monte en particular tiene mucho de revolucionario o, como se dir3a hoy, de «contracultural».

Antes de observar la reacci3n correcta, veamos c3mo no hay que reaccionar ante la persecuci3n. Estos errores a evitar son reacciones humanas, espont3neas y naturales, pero impropias del disc3pulo de Cristo:

La venganza (ver Ro. 12:17, 19-20). La reacci3n m3s frecuente es la revancha, tomarnos la justicia por nuestra mano. En la tercera Bienaventuranza –«los mansos»- ya se nos advierte de c3mo deben ser nuestras reacciones, incluso ante sufrimientos injustos o inmerecidos. La mansedumbre consiste precisamente en el control de nuestros actos y palabras en situaciones de injusticia, donde nosotros tenemos «toda la raz3n». (Para una ampliaci3n de este tema ver el «Tema del mes» de Marzo y Abril de 2005).

El estoicismo, en una l3nea m3s propia de las religiones orientales, por ejemplo el budismo, donde uno logra «aguantar» porque ha aprendido a ser impasible, a estar por encima del bien y del mal y ya nada le afecta. El concepto b3blico de paciencia y de contentamiento est3 muy lejos del «nirvana» budista.

La autocompas3n. Es la actitud que dice: « pobre de m3, qu3 desgraciado soy, no me lo merezco». Esta actitud, aunque no es frecuente en la persecuci3n abierta, s3 ocurre en las formas m3s soterradas de oposici3n, por ejemplo en las injusticias. El secreto est3 en no poner los ojos en la injusticia humana y levantar la mirada a Cristo, «quien cuando padec3a... encomendaba la causa al que juzga justamente» (1 P. 2:23).

La rebeld3a contra Dios o la amargura. Hay ciertamente lugar para preguntarle a Dios «por qu3». Pero la queja ante Dios siempre debe hacerse desde una postura de lealtad y sumisi3n. A Dios no le ofende la perplejidad sincera de un hombre agobiado por la presi3n de una muerte inminente, como fue el caso de Juan el Bautista; tampoco las dudas de Habacuc o las lamentaciones de Jerem3as. Muchos de los profetas vivieron persecuci3n y hostilidad y, sin embargo fueron «ejemplo de aflicci3n y de paciencia» (Stg. 5:10-11).

El gozo del disc3pulo

¿Qu3 significa la expresi3n «gozaos y alegraos»? ¿No es un contrasentido? ¿C3mo puede alegrarse una persona cuando sufre persecuci3n? ¿Acaso el Se1or nos est3 invitando a alg3n tipo de masoquismo?

El gozo del creyente es mucho m3s que un sentimiento, no implica re3r ni sonre3r; va m3s all3 de las emociones. El gozo es un estado profundo, una actitud de serenidad y de confianza que puede llorar sin sentirse desolado, que puede sufrir sin sentirse abandonado, que puede perder una batalla, pero se sabe ganador del combate porque Cristo venc3 en la cruz. Pablo lo expresa de manera inigualable en Ro. 8:28-39: «en todas estas cosas (tribulaciones) somos m3s que vencedores por medio de Aquel que nos am3».

El mismo Pablo y Silas nos dan un ejemplo extraordinario de gozo en la persecuci3n cuando en la c3rcel de Filipos no pueden dejar de cantar aun teniendo el cuerpo maltrecho y herido por

los severos azotes del día anterior. Ciertamente el gozo del discípulo no es una emoción humana, es algo sobrenatural, es fruto del Espíritu.

¿Qué razones tenemos para gozarnos? El Señor menciona dos tipos de motivo por los que el creyente experimenta gozo al sufrir oposición por causa de su nombre:

«Porque de ellos es el reino de los cielos... porque vuestro galardón es grande en los cielos» (Mt. 5:10, 12).

La primera razón tiene que ver con el futuro, concretamente con nuestra herencia en el cielo. Podemos perderlo todo aquí en la tierra, aun la vida física, pero hay algo que nadie puede quitarnos: «la herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros». «Por esto –sigue Pedro- vosotros os alegráis aunque ahora por un poco de tiempo si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas» (1 P. 1:4, 1 P. 1:6). Encontramos la misma idea en 2 Co. 4:18-5:1 y Ap. 21:7. Es significativo que la promesa que se le da a esta última Bienaventuranza es la misma que en la primera: «de ellos es el reino de los cielos». ¿Puede haber mejor promesa que estar en el cielo mismo para toda la eternidad? Sin duda, éste es un «grande galardón».

«Porque así persiguieron también a los profetas que fueron antes que vosotros» (Mt. 5:12).

La segunda razón nos pone en la misma saga que los profetas. En este sentido, decíamos al principio, que la burla o el rechazo a causa de la fe constituye algo así como «el certificado de garantía», el control de calidad de nuestro compromiso con el Señor. Desde el simple comentario burlón de tu fe hasta la propia muerte como mártir, todos los grados y formas de oposición que puedas experimentar como creyente te hacen «bienaventurado», dichoso. Sufrir por Cristo es un grandísimo honor. Por esto constituye el clímax de las Bienaventuranzas, porque nos acerca no sólo a los profetas, sino sobre todo a nuestro modelo supremo, el Señor mismo.

Hacemos nuestra, a modo de oración, la conclusión que Jesús mismo dio a este memorable fragmento del Sermón del Monte:

«Así alumbre vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está e los cielos» (Mt. 5:16).

Dr. Pablo Martínez Vila

Hay palabras... y palabras

Es innegable que el habla, la palabra como medio de comunicación, es uno de los dones más preciados que nos ha concedido el Creador. La Biblia nos confirma esa apreciación en gran número de sus textos, y nuestra propia experiencia la corrobora.

Fue la palabra de Dios la que dio origen a la creación, pues Dios dijo y fue hecho (Gn. 1). Por el poder de esa palabra el pueblo israelita fue liberado de la esclavitud en Egipto, guiado a través del desierto e instalado en la tierra prometida. Fue palabra de Dios la ley que recibió Moisés para mostrar al pueblo cómo debía vivir. La obediencia a sus preceptos sería el secreto de su prosperidad; la desobediencia, la causa de su ruina. Palabra de Dios fue cada uno de los mensajes de los profetas.

Cristo, la palabra suprema

Palabra fue Cristo aun antes de su encarnación: «En el principio era el Verbo (la Palabra), y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios» (Jn. 1:1). Por medio de él Dios concluyó su revelación (Jn. 1:8) y llevó a efecto la salvación de los seres humanos. Por la condición divina de Cristo, su palabra tenía todo el poder de Dios; de ahí su capacidad para sanar, para expulsar demonios, para resucitar muertos... y «para salvar eternamente a los que por él se acercan a Dios» (He. 7:25).

Porque Cristo era la Palabra de Dios encarnada, todas sus palabras fueron admirables. «Todos hablaban bien de él, maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca» (Lc. 4:22). De él pudo decirse que «no hizo pecado ni se halló ningún engaño en su boca» (1 P. 2:22). Nunca de sus labios salieron palabras hirientes, excepción hecha de las proferidas contra los escribas y fariseos a causa de su hipocresía o acusando a los mercaderes que traficaban en el templo profanándolo (Jn. 2:13-16). Por el contrario, su boca era un manantial de enseñanza, de consolación, de aliento, de perdón. ¡Ejemplo perfecto! Modelo insuperable para que sus discípulos le imitemos...

Las palabras de los humanos

Cuando de las alturas morales de Cristo descendemos a la realidad humana en la tierra, seguimos admirando el valor de la palabra, sin la cual sería imposible la comunicación de unos con otros. Pero al mismo tiempo advertimos la disparidad de las palabras entre sí. El lenguaje tiene grandes posibilidades para el bienestar de quien habla y de quien escucha; pero también puede convertirse en arma terriblemente dañina. Nos hace bien el discurso estimulante, la frase cariñosa o de agradecimiento, la expresión de amistad sincera, el consejo prudente, incluso la palabra de corrección si sale impregnada de humildad y amor. Por el contrario, son hirientes y destructivas las palabras fraguadas en un corazón mezquino, saturado de sentimientos negativos.

Admitida esa triste posibilidad, puede ser saludable adentrarnos en el mundo verbal para observar la naturaleza y los efectos que pueden producir las palabras. Para facilitar nuestra labor, las dividiremos en dos grandes grupos y las analizaremos con la mayor concisión posible. El lector podrá por sí mismo ampliar la lista. Y hará bien en intentarlo.

Palabras bienhechoras

Palabra sabia

El autor de Proverbios equipara sus palabras a la sabiduría (Pr. 2:1-2), y a lo largo de todo el libro se ensalza el valor de ésta. En bella metáfora declara: «Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene» (Pr. 25:11). En el texto de la obra se destaca la

esencia y el valor de la sabiduría, que no consiste en acumular conocimientos, sino en discernimiento moral y espiritual emanado del temor reverente de Dios (Pr. 1:7). Porque la palabra sabia corresponde a la verdad; es prudente, atinada en sus consejos, enriquecedora. Siempre va cargada de bendición. ¡Dichosa la persona que la escucha y la acepta! Y más dichosa quien la pronuncia.

Palabra edificante

El apóstol Pablo contrapone a la «palabra torpe (corrompida)» «la que es buena para edificación... a fin de dar gracia a los oyentes» (Ef. 4:29).

Su contenido puede ser muy variado y presentarse en diversas formas: «palabra consoladora», «palabra apaciguadora», «palabra alentadora». De la primera de éstas tenemos un ejemplo excelente en Bernabé, quien hizo honor a su nombre (heb. Barnabas, hijo de consolación).

Palabra apaciguadora fue la de Abigail del Carmelo. Con su buen juicio calmó el justo enojo de David provocado por la rudeza de su esposo Nabal, y evitó una tragedia.

La palabra alentadora, sumamente necesaria en multitud de situaciones, estuvo con frecuencia en labios de Jesús. También en los de Pablo. Recordemos su magnífica intervención en la tempestad que a punto estuvo de acabar con la vida del apóstol y la de sus acompañantes. ¡Cuán reconfortantes, y cuán poderosas sus palabras dirigidas a todos los que iban con él en la nave (Hch. 27:33-36)!

Si algo sigue necesitando hoy la Iglesia -así como el mundo- es que se multipliquen las palabras edificantes, consoladoras, apaciguadoras, alentadoras. Serán brisa fresca que reanimará a muchas almas sumidas en el temor y el desánimo. ¿Serán mis labios fuente de la que broten esos mensajes vivificantes?

Palabras reprobables

La palabra fingida

Es la que expresa lo que no se siente; distingue al hipócrita. Quienes recurren a ella son acreedores a la denuncia que Jesús hizo refiriéndose a muchos de sus contemporáneos: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mt. 15:8). Nada más despreciable que la hipocresía, la obsesión por adornar la fachada mientras el interior es un antro de miseria y fealdad. De los escribas y fariseos hipócritas dijo el Señor que son comparables a sepulcros blanqueados que «por fuera se muestran hermosos, pero por dentro están llenos de huesos y de inmundicia»; y añadió: «Vosotros por fuera os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad» (Mt. 23:27-28). Sin embargo, por lo general, tarde o temprano se descubre la falsedad de las apariencias, razón por la que debemos guardarnos de toda forma de simulación.

Palabra maligna

Unas veces se pronuncia casi inconscientemente, sin pensar que puede causar mucho mal. Otras veces, de modo deliberado, con el propósito de hacer sufrir a alguien que no nos resulta simpático. En este grupo de palabras sobresalen el engaño, la injuria, la difamación, la calumnia, la falsa acusación, la protesta agria e injustificada. Este uso de la lengua, por lo general, es exponente de un espíritu amargado, saturado de complejos y frustraciones, sobrado de animosidad, falto de amor, insensible al mal que puede causar. Cuando no se pone freno a esos sentimientos, fácilmente quien los abriga encuentra amigos que comparten sus reacciones y su modo de obrar. De esa «amistad» surgen grupos de oposición que desatan rencillas amargas. Mas de una iglesia ha sido arruinada por esos grupos, causantes de actitudes carnales, de contiendas odiosas y escandalosas divisiones. Recuérdese la seria amonestación de Pablo a los corintios (1 Co. 1:10-12, 1 Co. 3:3). No menos solemne es la reflexión de Santiago en su exposición de los males que puede causar la lengua. Ésta es un pequeño fuego que fácilmente incendia un gran bosque (¿No habré sido yo alguna vez un pirónamo espiritual en mi iglesia?). La lengua es «un mundo de iniquidad» que «inflama el curso de la existencia, siendo ella misma inflamada por el infierno» (Stg. 3:5-6). De muchas personas podría decirse lo que señalaba el

salmista: «aguzan su lengua como serpientes; veneno de áspid hay debajo de sus labios» (Sal. 140:3). La picadura de la víbora, aunque dolorosa en sí, de momento parece carente de importancia, pero en muchos casos es mortal. Cada uno debería examinarse con objetividad y preguntarse: «¿Que hay debajo de mis labios? ¿Un depósito de la gracia amorosa de Dios, del que fluyen palabras bienhechoras, o ponzoña que destruye relaciones humanas e incluso cristianas? Tenía razón J. Wolfgang von Goethe al afirmar que «una sola palabra basta para destruir la dicha de los hombres». El problema es grave. No olvidemos las sentenciosas palabras del Señor: «Por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado» (Mt. 12:37). Hay palabras.. y palabras.

Un fenómeno sorprendente

Eso es habitualmente el uso que hacemos de nuestra lengua: un caso de ambivalencia difícilmente explicable. Citando nuevamente a Santiago, «con la lengua bendicimos a nuestro Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no puede ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?» (Stg. 3:9-11). La lógica de Santiago es clara. Sin embargo, no acaba con la dualidad «agua dulce-agua amarga». Por el contrario hemos visto más de una vez que la misma lengua que en el culto alaba a Dios, después del culto murmura criticando desconsideradamente al predicador o a algún otro hermano; los mismos labios que han articulado palabras edificantes o alentadoras conversando con hermanos necesitados de ellas, poco después tal vez asaetearán a la persona «non grata». Y con Santiago repetimos enfáticamente: «Esto no puede ser así».

¡He ahí un motivo de confesión y súplica! Que, como en el caso de Isaías, nuestros labios, inmundos -a semejanza de los suyos- sean purificados con un carbón encendido tomado del altar (Is. 6:5-7).

José M. Martínez

¡Tan importante... y tan difícil!

Tan importante que sin él pierde la vida su más dulce sabor; tan importante que hace al ser humano capaz de realizar los más grandes esfuerzos y sacrificios. Tan vital que, como decía Paul Velery, sería horrible una humanidad que careciera de él. Y, sin embargo, nada más difícil que verlo o experimentarlo en su expresión más noble. Frecuentemente es pasión descontrolada, locura... o mero instinto. A menudo suscita inmensas y extrañas sensaciones en una mezcla de entrega y egoísmo, de generosidad y ansias de posesión. Tan maravilloso. Y tan misterioso...

El lector acertará si piensa que estamos refiriéndonos al amor, sentimiento que ha generado admirables actos de abnegación heroica, pero también vilezas impropias de seres con dominio propio. Todavía está fresca en nuestra memoria la imagen de aquel padre que, en la guerra del Irak, acurrucado tras un bidón metálico cubre a un niño, su hijito, para preservarlo de las balas que acabarían con la vida de ambos. Muchos otros ejemplos de amor pueden hallarse en relaciones de amistad. Tal fue el vínculo que unió a David y Jonatán. No menos hermosa es la fraternidad de los creyentes en el disfrute de la comunión cristiana con sus hermanos.

Pero, en contraste con esos ejemplos admirables, nos sentimos estremecidos ante los cuadros horribles que los medios de comunicación ponen ante nosotros: crímenes pasionales, violencia de género, violaciones. En estos casos el amor se trueca en locura, con la consiguiente degradación del más bello de los sentimientos. Uno de los errores de nuestro tiempo es que se confunde el amor con la sexualidad, con lo que en muchos casos los amantes se convierten en simples instrumentos para satisfacer un fuerte deseo de placer. Una vez satisfecho ese deseo, al cabo de un tiempo, el amor se desvanece.

La inestabilidad de todo lo humano

Se observa que en muchos casos el amor no es ni tan noble ni tan estable como suele prometerse. Fácilmente un cambio de circunstancias o de sentimientos es causa de discrepancias, roces, tensiones. Lo que un día parecía indestructible empieza a cuartearse. A medida que transcurre el tiempo, el amor deja de ir en aumento y se hace verdad el símil de que «el amor es como la luna; cuando no crece es que mengua», a menudo hasta extinguirse, dejando tras sí un poso de frustración cuando no de resentimiento hacia la persona que se ha amado. Incluso puede el resentimiento afectar a la vida y sus circunstancias. Consecuencias: amargura de ánimo, aborrecimiento de la existencia misma, depresión. Los sentimientos aparecen revueltos, confusos, en pugna unos con otros. Y surge la declaración que frecuentemente se escucha: «No entiendo lo que me pasa. Odio a esa persona, pero aún la amo; su presencia me tortura, pero no puedo pedirle que se aleje de mí». ¿Qué ha pasado con aquel amor que en un principio se mostraba tan ardoroso, tan romántico. ¿Por qué la miel de la mejor calidad se ha convertido en la más amarga hiel, en carga y tortura? Alguna respuesta a estos interrogantes puede hallarse en la complejidad del ser humano, contradictorio, inconstante; según sus circunstancias, capaz de entregarse a los más nobles ideales y a los sentimientos más viles; a influencias celestiales y a impulsos demoníacos.

¿Es eso todo lo que podemos decir en respuesta a las muchas preguntas que podemos hacernos sobre el amor y el desamor?

Luz que viene de Dios

En las páginas de la Sagrada Escritura hallamos las enseñanzas necesarias para comprender el misterio del ser humano. Creado a imagen de Dios, por la gracia de su Creador puede elevarse a alturas admirables de rectitud y bondad. Pero asimismo la Biblia nos muestra con profusión de ejemplos los abismos de maldad en que puede caer cegado por su egoísmo y sus instintos más bajos. Su vida parece una alternancia dramática entre el bien y el mal; en algunos casos, una simple rendición a tendencias degradantes. Bajo los condicionamientos de esta realidad, el amor a menudo también sufre desfiguración y deterioro, con lo que infinidad de veces se convierte en la causa más frecuente de infelicidad.

Pero el mensaje bíblico es un mensaje de esperanza para las personas que viven piadosamente, anhelantes de una vida conformada por los principios éticos de la Palabra de Dios. Es en esta Palabra donde hallamos las instrucciones más sabias sobre el amor.

El amor tiene su origen en Dios. La primera carta de Juan nos ha dejado la mejor definición que de él tenemos: «Dios es amor» (1 Jn. 4:8). El amor no es un simple atributo; es la esencia de la divinidad. En este hecho radica la inspiración y la fuerza para que los humanos también podamos vivir adecuadamente la experiencia del amor en todos sus planos (amistad, filantropía, matrimonio, relaciones paternofiliales, comunión cristiana entre los creyentes, etc.).

El amor de Dios no es una abstracción de difícil descripción. Es bien visible en la obra redentora que ha llevado a cabo por medio de su Hijo Jesucristo: «Dios nos amó y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados» (1 Jn. 4:10, 14). Ese amor maravilloso es la fuente de inspiración para que el cristiano también se distinga por sentimientos, palabras y actos que lo reflejen a ojos del mundo.

La esfera de nuestro amor. Primordialmente hemos de amar a Dios. Razones no nos faltan. «Nosotros le amamos a él porque él nos amó primero» (1 Jn. 4:19). Ese amor no debería ser nunca un amor tibio, débil, sino «con toda nuestra mente, todo nuestro corazón y todas nuestras fuerzas» (Mr. 12:30).

De nuestro amor a Dios ha de brotar el amor a nuestros semejantes: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mr. 12:31; 1 Jn. 4:11-12, 20-21). En especial, debe ser distintivo de la relación entre los hermanos en Cristo. Así corresponde a los discípulos de Jesús (Jn. 15:9-12). Ese amor no se expresa solamente con palabras. Deben hablar también los hechos en todos los planos: moral, espiritual e incluso físico o material (Stg. 2:14-16).

El amor entre los miembros de la Iglesia es un testimonio eficaz de la fe. En la Iglesia primitiva, los paganos, asombrados por esa fraternidad, decían: «Mirad cómo se aman». Fue en el contexto de una iglesia cristiana que Pablo escribió la más maravillosa oda al amor, insuperada hasta el presente. El apóstol ve en la agape cristiana el más admirable de los dones, la más sublime de las virtudes, el «camino más excelente» para vivir santamente en el seno de la comunidad cristiana (1 Co. 12:31). He aquí algunas frases entresacadas de 1 Co. 13: «El amor es paciente, servicial; no tiene envidia; no es jactancioso... no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta...» (1 Co. 13:4-7). ¿Hay algo más

maravilloso? Con razón Agustín de Hipona decía: «Ama y haz lo que quieras». ¿Simple paradoja? No, pues donde reina el amor, todo lo que la voluntad decide es bueno. El mismo Agustín explica la paradoja al añadir: «Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Si tienes el amor arraigado en ti, ninguna otra cosa sino amor serán tus frutos.»

La perennidad del amor. Característica del amor auténtico es su duración; «nunca deja de ser» (1 Co. 13:8). La mayoría de amores humanos son tan pasajeros como la pasión. Comparables al fuego que abrasa la hierba seca y se extingue, pronto se desvanecen. Emmanuel Kant ilustraba con gran objetividad la indignidad de ese tipo de amor: «Alcestes dice: "Amo a mi mujer porque es bella, cariñosa y discreta". ¡Cómo! ¿Y si, desfigurada por la enfermedad, agriada por la vejez y pasado el primer encanto dejase de parecerle tan amable? Cuando el fundamento ha desaparecido, ¿qué puede resultar de la inclinación? En cambio el benévolo y sesudo Adrasto pensaba así: «Tengo que tratar a esta persona con amor y respeto porque es mi mujer.»

El amor, distintivo del discipulado cristiano. Poco más queda aquí por decir sobre el tema; pero hay algo que debiéramos recordar y poner en práctica siempre, lo dicho por el Señor Jesús a sus discípulos: «Este es mi mandamiento: "que os améis unos a otros como yo os he amado".» (Jn. 15:12). Sólo así se cumplirá su deseo: «Que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea completo» (Jn. 15:11).

¡Amor! Importante, pero difícil. Difícil, pero no imposible si al sentimiento se une la obediencia a Cristo («Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» - Jn. 15:10).

A modo de conclusión, recordemos el testimonio del apóstol Pablo: «El amor de Cristo gobierna nuestras vidas» (2 Co. 5:14 DHH). ¿Podemos decir lo mismo nosotros?

José M. Martínez

¡Juventud!, ¿divino tesoro?

Rubén Darío comenzó su famosa «Canción de otoño en primavera» con las palabras que encabezan nuestro artículo, pero sin interrogante, como si no le cupiese la menor duda de que la juventud es un don precioso, todo belleza, todo lirismo. Sin embargo, la vida en el periodo de la juventud no es para el eximio poeta nicaragüense un paraíso siempre plácido en el que «la historia sonríe como una flor». Con realismo se percata de que su experiencia juvenil la ha vivido «en un mundo de duelo y de aflicción». El alba pura de los años mozos tenía «cabellera oscura, hecha de noche y de dolor»; a la ternura se ha unido «una pasión violenta». La conclusión de Darío no podía ser más patética: «La vida es dura. Amarga, y pesa». ¿Es cierto esto en los días de la juventud?

Las respuestas por fuerza han de ser variadas, frecuentemente contrapuestas. No hay estereotipos aplicables a las experiencias de los jóvenes. Innumerables factores determinan el curso y las características de la vida de cada uno. En unos casos los años de la juventud son plácidos, serenos, fructíferos; en otros, turbulentos, angustiosos, pródigos en fracasos y amargas desilusiones.

¿Por qué?

La juventud, incluida la adolescencia, es probablemente la época más difícil en la vida de una persona. Con su comienzo se hace evidente el acabamiento de la infancia y el principio de una nueva etapa en el curso de la vida. Este nuevo tramo en la senda de la existencia se caracteriza normalmente por una creciente inclinación a la autonomía, al distanciamiento del hogar paterno y la adhesión al grupo (amigos, pandilla, club, etc.). Distinguen al adolescente las ansias de saber más y vivir experiencias nuevas. También se despiertan en él los impulsos sexuales con fuerza insospechada. Esta edad se caracteriza en muchos por la inseguridad, el temor al futuro, la inestabilidad emocional. Una vez la adolescencia ha concluido, la juventud va adquiriendo progresivamente estabilidad y plenitud (de virtudes o de vicios y defectos).

Iniciada su plenitud a la edad (convencional) de los dieciocho años, una vez asumidos conceptos, creencias y principios fundamentales, se van tomando decisiones según postulados más o menos afines a los de una filosofía existencial o a principios morales o religiosos. Un joven reflexivo, dentro de sus posibilidades, elige el camino de la superación a todos los niveles: de formación profesional, de solidaridad generosa en proyectos de tipo social, de fe y práctica religiosa, de relaciones amorosas serias, etc. Como resultado, su vida adquiere solidez y belleza moral, con lo que proporciona satisfacción profunda, tanto a sí mismo como a quienes le aman. Es el tipo de joven del que más de uno de sus admiradores (o admiradoras) se sentirá prendado.

Ese joven ideal no es, sin embargo, el más común. Por el contrario, son incontables los que malogran su mocedad, víctimas de perniciosas influencias, de propensiones innatas no deseadas, de experiencias traumáticas o simplemente de complacencia en prácticas poco ejemplares que a menudo se convierten en hábitos destructivos. Piénsese, por ejemplo, en el joven atraído por el «grupo» e introducido en ambientes tan poco formativos como el de muchas discotecas u otros trampolines desde los que el joven se precipita en la drogadicción, en la promiscuidad sexual, en formas diversas de delincuencia. Todas estas prácticas muestran el deterioro moral a que puede llegar una

persona cuando yerra en la asunción de su concepto de la vida y en la determinación de su responsabilidad social.

Por supuesto, las causas de esas formas de comportamiento no siempre se hallan -al menos de modo absoluto- en el joven mismo, en sus criterios y en sus decisiones. En la mayoría de los casos ha habido experiencias traumáticas en la infancia y en la adolescencia: niño no deseado por sus padres, «patito feo» en el seno de la familia, en la escuela, prácticamente en la totalidad de su entorno, hasta que encuentra los «amigos» , que le abren los ojos a un mundo nuevo, fascinador... pero engañoso. A ello debe añadirse la influencia fortísima de una sociedad que no se distingue precisamente por sólidos valores morales. Las peculiaridades del posmodernismo son determinantes en la interpretación del sentido de la vida. Prevalen el materialismo, el hedonismo y el egocentrismo. Los valores éticos y religiosos se cotizan muy a la baja. El relativismo los debilita hasta el punto de que pierden su consistencia y su vigencia. De ahí la flojedad de muchos jóvenes en sus convicciones o la facilidad con que la gran mayoría de ellos se ve impelida a seguir la corriente de las modas, tanto en el vestir como en el hablar, en las aficiones deportivas o culturales (delirio de multitudes juveniles que aclaman enardecidas a los cantantes de más renombre, por ejemplo). Algo parecido sucede en la aceptación o rechazo de ideas políticas o religiosas.

A la fuerza de esas peculiaridades de la sociedad de nuestro tiempo se suma el impacto tremendo que los medios de comunicación tienen sobre la gran masa de la población, especialmente sobre la juventud. Ésta, a medida que va avanzando en años siente un deseo más vivo de apurar la copa de placer que las circunstancias ponen a su alcance. Abultadas mayorías, sin juicio crítico previo, adoptan como bueno y deseable, cuanto ven en la pequeña pantalla del televisor. Aspiran a conseguir todo lo que la publicidad, siempre sagaz y consumista, pone ante los ojos del telespectador. Y el consumismo imperante en los medios genera innumerables frustraciones; unas veces porque no se alcanza lo que se desea; otras porque, si se consigue, resulta insatisfactorio. Es que la dicha del ser humano, como enseñó el Señor Jesucristo mediante la parábola del rico necio, no depende de la abundancia de bienes o del goce de placeres. (Lc. 12:15-21). Tiene raíces mucho más profundas

El joven y el camino de la fe

En el fondo del ser humano, a menos que el materialismo lo haya degradado, palpitan anhelos de rectitud moral y trascendencia que en un momento u otro, con mayor o menor intensidad, afloran en forma de inquietudes religiosas. Esos anhelos y esas inquietudes suscitan preguntas de capital importancia: ¿Existe Dios? ¿Es justo y bondadoso? ¿Se preocupa de los seres humanos? ¿Es verdad que hay otra vida después de la muerte y que habrá un juicio final? Los jóvenes en su mayoría, contrariamente a lo que muchos piensan, no son ajenos a esas cuestiones, y alguna vez se las plantean con gran seriedad. Es un hecho estadísticamente demostrado que la edad de la juventud es la más favorable a la experiencia de la conversión, experiencia que se confirma en un proceso posterior de maduración espiritual. De este modo la fe pronto se ve robustecida con razones convincentes derivadas de la Palabra de Dios. En ella encuentra las lecciones más saludables para enriquecer su vida.

Sirva como botón de muestra el libro de Ecclesiastés, destinado a instruir al joven en su búsqueda del sentido de la vida. El autor parece dominado por una concepción

pesimista de la existencia; la resume en una frase desalentadora: «todo es vanidad» (Ec. 1:2): la sabiduría (Ec. 1:13, 17), el placer (Ec. 2:1-3), la acumulación de riquezas (Ec. 2:4-11; 4:7), la aparente futilidad de la vida (Ec. 2:15-22), las anomalías que se observan en el orden social (Ec. 4:1-5, 8), etc. Con todo, el autor no se propone llevar a sus lectores a un pesimismo enervante o a un riguroso ascetismo. Precisamente al joven le dice: «Gózate, de tu mocedad y tome placer tu corazón en los días de tu juventud. Anda según los caminos de tu corazón...» (Ec. 11:9). Sin embargo, esta libertad tiene un límite: la responsabilidad: «Recuerda que sobre todas estas cosas te juzgará Dios». El Predicador lo expresa con una conclusión solemne dirigida a su joven oyente: «El fin de todo el discurso que has oído es: "Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre, pues Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda obra oculta, sea buena o mala"» (Ec. 12:13-14).

De los textos bíblicos citados y de muchos más que podríamos mencionar, se deduce el valor de la juventud a ojos de Dios, quien ha llamado a su servicio a jóvenes destinados a ser faros de luz y fuentes de bendición para su pueblo y para el mundo. Recordemos a Samuel, David, Jeremías, siervos de Yahveh desde su infancia o de su mocedad. En el Nuevo Testamento sobresale Timoteo, conocedor de las Escrituras «desde la niñez» (2 Ti. 3:15) y colaborador de Pablo con fidelidad y eficiencia ejemplares (Fil. 2:19-23).

La fe proporciona al joven el sentido supremo de su existencia, pues viene a ser uno de los valores esenciales de su vida y puerta a campos de servicio admirable. No puede olvidarse lo mucho que la humanidad debe a personas que, movidas por su fe cristiana, vinieron a ser eminentes filántropos tan reconocidos y estimados como David Livingstone, explorador y misionero en África, Jean Henri Dunant, fundador de la Cruz Roja y uno de los fundadores de la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA. Young Men Christian Association), Florencia Nightingale, fundadora de la profesión de enfermeras, o el pastor bautista Martin Luther King, líder y víctima en la lucha contra la segregación racial en los Estados Unidos. A esos nombres podrían añadirse muchos más, entre ellos los de multitud de jóvenes que se han tomado en serio la fe y el compromiso cristianos.

Grande es la riqueza espiritual que posee el joven creyente; y honda la satisfacción que le produce la fe, generadora de amor y buenas obras (Gá. 5:6; Ef. 2:10). Asimismo en el trabajo cristiano, cualquiera que sea su forma, halla campo excelente para el cultivo de sus dones en la más grande de las empresas: el adelanto de la obra de Dios.

De ese joven y de su juventud sí puede decirse: «¡Divino tesoro!»

José M. Martínez

Bases para una familia sana (I)

Como creyentes vivimos hoy atrapados entre dos polos extremos en relación con la familia. Por un lado, el modelo del mundo occidental, para muchos un símbolo de progreso y de modernidad. Los que propugnan este modelo «nuevo» desacreditan, o incluso ridiculizan, a la familia tradicional, la constituida por un padre, una madre y los hijos, incluyendo a veces también a los abuelos. La presentan como una realidad ya pasada de moda y la llaman «patriarcal» porque así suena aún más obsoleta (el uso y manipulación de las palabras es muy importante en el campo de la ética). Su postura es que en pleno siglo XXI «la familia patriarcal» ha sido superada por conceptos mucho más «progresistas». Son modelos en los que se glorifica la independencia de cada uno para hacer «lo que bien le pareciere» en cada momento, guiados por una ética *self made* hecha a gusto del consumidor.

«**Familias a la carta**». Muy ilustrativas son al respecto las declaraciones de una ex ministra del gobierno español y escritora, Carmen Alborch: «Al vivir sola, tus relaciones son totalmente libres y de ese modo ganan en calidad y en profundidad. Puedes vivir sola y tener una relación estable con un señor o señora, una amistad profunda con alguien; puede que tu compañero viva en la misma ciudad o no, que os veáis mucho o poco, siempre o nunca, con hijos o sin hijos, todo es posible, somos libres» (sic). Hacía estas afirmaciones después de ridiculizar la fidelidad matrimonial y descalificar la idea del amor para siempre como un mito. Por cierto, estas declaraciones constituyen todo un manifiesto de religión secular - un verdadero credo laico. ¡Y luego acusan a los cristianos de proselitistas!

Así, cada uno se organiza la familia a su manera como mejor le convenga: no importa que haya sólo una madre, o dos padres o dos madres. Lo único que importa es la libertad para «montármelo a mi manera porque tengo derecho a ser feliz» (declaraciones textuales). Lo más importante es ser feliz, entendiendo por felicidad la ausencia de problemas o una pérdida de tu independencia.

«**Familias de Disneylandia**». Hasta aquí hemos visto el extremo triste de la sociedad actual. Sin embargo, algunos creyentes caen en el polo opuesto, quizás como respuesta a esta ideología tan contraria a la voluntad de Dios para la familia. Es el golpe de péndulo que surge más por reacción que por reflexión. Nos presentan un modelo de familia perfecto, impecable. Una familia sana –creen- nunca tiene problemas, es aquella cuyos miembros nunca discuten o alzan la voz, donde siempre hay sonrisas y buen humor, en una palabra, el cielo en la tierra! Este modelo más parece sacado de Disneylandia que de la enseñanza bíblica. Pero, además, es fuente de frustración para los que intentan alcanzar tal nivel «super-espiritual» (o quizás deberíamos decir «pseudo-espiritual»). Cuidado con los libros o las conferencias que enfatizan este enfoque triunfalista porque no refleja el realismo de la Biblia al abordar la vida de familia.

Hacia un modelo realista de familia

El modelo bíblico de familia es un modelo realista: no hay familias perfectas. Desde el principio de la historia, en concreto desde la Caída y la entrada del pecado en el mundo, la familia ha estado sujeta a fuertes tensiones y problemas. Recordemos cómo las primeras manifestaciones del pecado aparecen justamente en las relaciones familiares:

Adán, en un alarde de irresponsabilidad, se lava las manos de cualquier culpa y señala a su esposa Eva: «la mujer que Tú me diste por compañera me dio...». Por cierto, este patrón de conducta se repite constantemente en muchos matrimonios, incapaces de asumir sus fallos o su responsabilidad. La razón siempre la tengo yo; la culpa siempre la tiene el otro. A esta primera tensión conyugal le sigue el drama de la muerte de Abel a manos de su hermano Caín, acto espantoso de violencia familiar, preludio de la violencia doméstica tan tristemente de moda hoy.

No podemos disimular ni auto-engañarnos. Desde que el hombre es hombre, la familia ha sido escenario de algunas de las páginas más sangrientas de las relaciones humanas. ¿Por qué? La respuesta nos da una clave importante en nuestro estudio: la familia es uno de los blancos favoritos del diablo. Lo ha sido siempre. Su estrategia -dividir, engañar y hacer violencia- aparece de forma constante aun en las familias de la Biblia. Sorprende que en las familias escogidas por Dios para cumplir sus propósitos hay muchas tensiones y el pecado o los errores no escasearon en su seno. Así fue con la familia de Abraham, de Isaac, de Jacob, por no decir nada del gran rey David, modelo en tantas áreas, pero una calamidad en su vida familiar. Hasta tal punto fracasó David como padre y cabeza de familia que hacia el final de su vida lo reconoció con humildad y confesó en sus palabras postreras: «Mas no es así mi casa para con Dios.» (2 S. 23:5). Sin embargo, ¡qué alivio, qué gran consuelo saber que *Dios usa familias rotas* para cumplir sus propósitos. No importa que vengas de una familia con problemas o que nunca hayas podido disfrutar de la estabilidad de un hogar en paz. Nos alienta descubrir que en la genealogía del Señor Jesús aparecen familias que estaban muy lejos de ser perfectas, incluso hay una ramera. Dios, en su gracia, se vale de vasos de barro aun para los propósitos más excelsos.

Aquí tenemos, por tanto, al creyente en lucha por encontrar la voluntad de Dios para la familia en medio de fuertes presiones. Ello nos lleva a una pregunta capital: ¿Hay una teología práctica de la familia que nos sirva a nosotros hoy? ¿Cuáles son las características bíblicas de una familia sana?

Características de una familia sana

Decíamos antes que no hay ninguna familia en la Biblia libre de problemas o luchas. He escogido como modelo la familia de Noemí y Rut porque en ella aparecen los elementos clave para una familia sana. Antes de considerarlos, sin embargo, observemos que en la historia de la familia de Rut hay tres ingredientes que aparecen de forma consecutiva:

- El **sufrimiento**: las circunstancias que no podemos cambiar, aquello que nos acontece.
- El **amor**: la reacción de la familia a estas circunstancias. Es la parte que nos corresponde a nosotros: lo que hacemos ante lo que nos sucede.
- La **restauración**: la respuesta y provisión de Dios. Él, en su providencia misteriosa, actúa a lo largo de toda la historia familiar.

Estos tres elementos se repiten en millones de familias. De ahí que la historia de Noemí y Rut sea un clásico cuyo estudio contiene una enseñanza riquísima para las familias hoy.

A la luz del libro de Rut, una familia sana tiene tres características. En el presente artículo consideraremos sólo la primera y dejaremos para la segunda parte los otros dos aspectos.

- 1.- Sabe sobreponerse a los problemas: capacidad de lucha.
- 2.- Sabe expresar el amor en sus diversas facetas: capacidad de transmitir amor.
- 3.- Sabe confiar en Dios como el arquitecto de su vida familiar.

1.- Sabe sobreponerse a los problemas: capacidad de lucha

En una familia sana sus miembros se esfuerzan por superar los problemas y sobreponerse a las adversidades. Unas veces son conflictos internos producidos por las tensiones propias de la convivencia. Nunca enfatizaremos lo suficiente que la salud de un matrimonio no se mide por lo mucho o lo poco que discuten los cónyuges, sino por el tiempo que tardan en reconciliarse (ver, al respecto, el Tema del mes de marzo de 2005 - «Buscando la paz en las relaciones personales»). Su capacidad para afrontar estas diferencias y resolverlas de forma madura es mucho más importante que una paz aparente fruto de una convivencia superficial.

En otros casos, el golpe viene de fuera, acontece a modo de desgracia: una enfermedad, un accidente, el paro, dificultades económicas, un hijo difícil son eventos que ponen a prueba la unidad familiar. Tanto si los problemas son internos como si nos vienen de fuera a modo de tragedia, la respuesta sana consiste en afrontar tales circunstancias con serenidad y buscar salidas con decisión. La familia inmadura, por el contrario, se derrumba a las primeras de cambio cuando surgen tales tensiones o calamidades, es incapaz de buscar salidas y cae en uno de dos errores frecuentes: los reproches mutuos, buscando cabezas de turco –culpables- en los otros miembros de la familia, o una autocompasión paralizante: «¡Yo no merezco esto; qué mal me ha tratado la vida; nada me sale bien».

El libro de Rut ilustra muy bien este principio. En una primera etapa, Rt. 1, encontramos a una familia destrozada por el dolor. Al trauma de la emigración a una tierra extranjera por causa del hambre, se le añade la muerte inesperada de los tres varones, el esposo y los dos hijos. Así, Noemí queda sola, viuda, con sus dos nueras en una tierra extraña. Recordemos que una viuda en aquella sociedad quedaba en una situación de grave marginación, indefensa y desamparada desde el punto de vista social.

Esta etapa inicial fue tan dura que llega a exclamar: «No me llaméis más Noemí, sino Mara –que quiere decir "amarga"- «porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso. Yo me fui llena, pero el Señor me ha vuelto con las manos vacías» (Rt. 1:20-21). «Mayor amargura tengo yo que vosotras...» (Rt. 1:13). No es de extrañar que esta mujer piadosa se lamente abiertamente ante Dios. Esta expresión de sentimientos forma parte de la fe, no la contradice, y está en línea con muchos grandes siervos de Dios que en momentos de tribulación abrieron su corazón ante aquel «cuyos ojos están sobre los justos y sus oídos atentos al clamor de ellos» (Sal. 34:15). Dios en ningún momento reprende a Noemí; por el contrario, estaba muy cerca de ella controlando y guiando los acontecimientos para llevarlos a buen fin.

Ahora bien, la capacidad de lucha requiere **un requisito: saber sufrir**. Pablo empieza su formidable descripción del amor en 1 Co. 13 precisamente con estas

palabras: «El amor es sufrido». ¿Será casualidad que ponga este rasgo en primer lugar? No, en absoluto. El amor maduro tiene como primera característica que sabe sufrir, es capaz de luchar y afrontar los problemas que, de forma inevitable, afectarán la vida familiar. Necesitamos, no obstante, puntualizar que el «ser sufrido» no es una invitación al masoquismo. La idea no es que el cónyuge tiene que aguantar sin rechistar y de manera indefinida todo lo que le venga; por ejemplo, los malos tratos y la violencia repetida. Ésta sería una interpretación torcida, más propia del estoicismo que de la fe cristiana.

Para entender el amor como «sufrido» necesitamos recurrir a otro concepto bíblico esencial y que ocupa también un lugar central en la vida familiar: **la paciencia**. En el sentido bíblico ser paciente está muy lejos del fatalismo y la pasividad ante el sufrimiento. La paciencia es ante todo «grandeza de ánimo» (makrotimia). Éste es el sentido que tiene en He. 12:1 cuando se nos exhorta a correr con paciencia la carrera de la fe. El ejemplo supremo de paciencia nos lo dio el Señor Jesús «varón de dolores y experimentado en quebrantos».

¿Por qué fracasan tantos matrimonios y se rompen tantas familias en nuestros días? ¿Por qué tantos hijos enfrentados con sus padres o los hermanos entre sí? No podemos simplificar un tema difícil y delicado. Como profesional de la psiquiatría conozco la complejidad de los conflictos conyugales y familiares. Pero tengo la convicción profunda de que muchos de estos conflictos se resolverían, independientemente de sus causas, si los cónyuges –ambos- tuvieran mayor disposición a «ser sufridos» en el sentido de buscar activamente salidas a sus problemas. Ello requiere tener paciencia el uno para con el otro, lo cual no abunda en nuestra sociedad hedonista que glorifica el bienestar individual –«tengo derecho a ser feliz»- y desprecia la lucha y el sacrificio en las relaciones personales. Muchos aplican hoy a las relaciones el principio del «mínimo esfuerzo partido por dos». Esta forma de pensar y de vivir está en las antípodas de los principios bíblicos. Los creyentes debemos revisar hasta qué punto estamos despojando nuestras relaciones familiares de este requisito primero del amor, «ser sufrido». Quizás bastaría con añadir pequeñas dosis de amor sufrido y paciencia para prevenir muchas crisis de familia y de matrimonios. Ahí radica una de las claves para correr cualquier carrera de fondo – y la vida familiar lo es- con perseverancia. Se consigue mucho más con unas gotas de miel que con barriles de hiel. De ahí la importancia del segundo requisito, saber expresar amor, que consideraremos en la segunda parte de este artículo (en el mes de febrero próximo).

Dr. Pablo Martínez Vila

La Palabra se hizo carne

Una vez más nos hallamos a las puertas de la Navidad, la fiesta más celebrada en el llamado mundo cristiano. En su sentido originario evoca el nacimiento de Cristo. Pero, en el desarrollo de diversas tradiciones, se ha ido recargando de elementos folclóricos que desfiguran el verdadero sentido de la festividad, bien que a algunos (el pesebre, el árbol navideño, el intercambio de regalos, por ejemplo) se les atribuya un valor simbólico de signo cristiano. Hoy en día, particularmente en el mundo occidental, lo que más distingue a la Navidad es la fiebre consumista de muchas familias, el culto al derroche, puerta a excesos en la comida y la bebida, que nada tiene que ver con la sobriedad que envolvió lo acontecido en el pesebre de Belén. Es triste que lo que al principio fue una celebración pletórica de espiritualidad cristiana en el correr del tiempo haya venido a ser una forma de culto a Baco, el dios pagano de los excesos.

Ante esa degradación de la conmemoración navideña el verdadero cristiano y la Iglesia han de recordar el nacimiento de Jesús con plena conciencia del mensaje que el evento encierra.

Significado del nacimiento de Jesucristo

La mejor explicación de tan singular hecho histórico la hallamos en el prólogo del Evangelio según Juan (Jn. 1:1-3, 14). En los tres primeros versículos se nos presenta la identidad de Jesús: «En el principio era la Palabra, y la Palabra era con Dios, y la Palabra era Dios». No podía decirse más en menos palabras. El término «palabra» (gr. *logos*), según el concepto hebreo, tenía un significado mucho más amplio y profundo que el que expresa hoy en nuestro lenguaje. Denotaba una personificación de Dios. Aplicado al Hijo de Dios preencarnado, destacaba su divinidad: «Y la Palabra **era Dios**», el Dios eterno, anterior al principio, pues «al principio» ya, anterior a todo lo creado, **era con Dios**. Como Dios fue agente en la obra de la creación, antes de que el espacio y el tiempo existieran. «Por medio de él fueron creadas todas las cosas» (Jn. 1:3), lo cual exigía sabiduría y poder sin límites. El *Logos* poseía todas las características de Dios; por eso se dice de su gloria que era «gloria como del unigénito del Padre» (Jn. 1:14).

Esa gloria se hizo visible porque su manifestación no se limitó a la esfera celestial. También resplandeció en la tierra, pues «la Palabra se hizo carne» (Jn. 1:14), es decir, asumió naturaleza humana. Así, como verdadero Dios y verdadero hombre, Jesucristo vendría a ser el gran Mediador entre Dios y los hombres, el Salvador perfecto.

Llama la atención el hecho de que en el texto sagrado no se dice que la Palabra (el *Logos*) se hizo hombre, sino «carne» (*sarx*), término correspondiente al hebreo *basar*, que en el Antiguo Testamento suele usarse para destacar la fragilidad y la transitoriedad del ser humano, sometido a mil y una flaquezas, a la enfermedad y la muerte. Vividamente destacó Isaías esa realidad: «... toda carne es hierba y toda su gloria como flor del campo» (Is. 40; cf. Sal. 78:29). Esta peculiaridad de la carne también estuvo presente en la vida de Cristo, experiencia de humillación. Pablo expresa esta faceta de la vida del Señor de modo majestuoso en lo que probablemente fue un himno de la Iglesia primitiva: Cristo, «aunque era de naturaleza divina, no se aferró al hecho de ser igual a Dios, sino que renunció a lo que le era propio y tomó naturaleza de siervo. Nació como un hombre, y al presentarse como hombre se humilló a sí mismo y se hizo obediente

hasta la muerte...» (Fil. 2:6-8 DHH). ¡Hasta tal punto llegó su sumisión a los designios redentores del Padre! Tan admirable fue la maravilla y el misterio de su amor, pues su muerte fue una «muerte de cruz», la más horrible en aquellos tiempos. ¿No nos estremece pensar que el nacimiento de Jesús tuvo lugar bajo el signo de la humillación y el sufrimiento en un infamante patíbulo? No podemos separar el Calvario del pesebre de Belén.

El pasaje de Fil. 2:6-8 que acabamos de citar es un texto hondamente teológico, pero el contexto precedente (Fil. 2:3-5) tiene un carácter eminentemente exhortatorio. La exposición cristológica que le sigue (Fil. 2:6-11) constituye la base y la razón de la amonestación, lo cual a su vez nos muestra **la Palabra encarnada como ejemplo de conducta**: «Nada hagáis por rivalidad o por orgullo, sino con humildad... Que nadie busque su propio bien, sino el bien de los otros. Haya entre vosotros el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús». ¿Acaso no son la humildad y el amor los fundamentos de la ética cristiana? Nuestra celebración del nacimiento de Jesús sólo será efectiva si nos hace un poco más semejantes a Aquel que, por amor a nosotros, se humilló hasta la sumo. A semejanza de nuestro Salvador somos llamados a **encarnar** nuestro cristianismo; es decir, a vivirlo con autenticidad, con espíritu de solidaridad hacia nuestros semejantes, en particular los más afligidos y necesitados. Que Dios nos libre de que se nos pueda aplicar una nueva versión de Jn. 1:14 y en vez de que se diga: «La Palabra se hizo carne», quienes nos rodean, al vernos, hayan de decir: «La Palabra se hizo palabras, palabras, palabras». Nada más que palabras, sin el menor fruto de amor y servicio.

Otra característica de la Palabra es que constituye el medio de comunicación por excelencia. Por medio de ella expresamos nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestros deseos, nuestros temores. Y de ella se valen nuestros semejantes para darnos a conocer los suyos. Así Cristo, como Palabra (*Logos*), viene a ser mediador entre Dios y nosotros para darnos a conocer sus características, sus atributos, sus propósitos, el significado de sus obras, tanto en la creación como en la redención. Esta faceta de la persona y la obra de Cristo nos permite entender mejor la revelación divina que se fue desarrollando a lo largo de los siglos y alcanzó su plenitud en Cristo: «En otros tiempos habló Dios a nuestros antepasados muchas veces de muchas maneras por medio de los profetas. Ahora, en estos tiempos últimos, nos ha hablado por su Hijo» (He. 1:1-2 – DHH). Admirable fue el mensaje de los profetas del Antiguo Testamento. Ellos fueron portavoces del Altísimo que proclamaron su soberanía, su santidad y justicia, su misericordia, su voluntad de relacionarse salvíficamente con su pueblo en virtud de un pacto sellado con la sangre de una víctima propiciatoria (figura de Cristo Jesús). Todo esto se hallaba incluido -a menudo como entre sombras- en el mensaje profético de la época precristiana; pero la plenitud de su contenido y su significado estuvo más o menos velada hasta el advenimiento de Cristo. Él era la PALABRA de Dios encarnada. Esa Palabra comunicaría el pensamiento de Dios respecto a los hombres. De este modo el nacimiento de Jesús venía a ser, en palabras de J. Jeremías, «ruptura del silencio». Todos los fragmentos de revelación anteriores eran simples susurros; pero «Jesucristo es el Verbo de Dios que salió fuera del silencio» (Ignacio de Antioquía). Y todo lo que la Palabra dijo, al igual que todo cuanto hizo, no sólo fue **revelador** de los pensamientos de Dios. Tuvo también una finalidad **redentora**: la salvación plena de los seres humanos. A éstos va dirigida. El *Logos* divino los interpela y de ellos espera una respuesta: de fe y entrega o de incredulidad y rechazo. De no haber decidido aún nuestra posición ante el Salvador, la celebración de esta Navidad nos ofrece la oportunidad de tomar la decisión más trascendental de nuestra vida.

La manifestación de la Palabra

El Evangelio de Lucas nos ofrece un cuadro maravilloso del nacimiento de Jesús. En él sobresale el anuncio angélico de lo acaecido: «Os ha nacido un Salvador». Acto seguido las voces de un «ejército celestial» conmueven cielos y tierra con una exclamación jubilosa: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz». Ha llegado el momento en que se cumple lo declarado por Simeón: «Han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado a la vista de todos los pueblos; luz para ser revelada a los gentiles y para gloria de tu pueblo Israel» (Lc. 2:30-31).

Por otra parte, el relato de Lucas destaca lo maravilloso del nacimiento, mientras que Juan penetra en su significación y en sus consecuencias. Cristo, en quien estaba la vida y la luz de los hombres, vino a cumplir una misión redentora, pero su ministerio provocó rechazo: «Vino a lo suyo, pero los suyos no le recibieron» (Jn. 1:11). Cerrada pero inútil oposición de las tinieblas a la luz (Jn. 1:5). Pese a todo, muchos creerían en él y vendrían a ser hechos hijos de Dios (Jn. 1:12-13). En la historia del mundo Jesucristo se manifiesta como el gran triunfador sobre todos los poderes tenebrosos del mal.

En el prólogo del evangelio de Juan a la frase «La Palabra se hizo carne» (Jn. 1:14) sigue otra no menos llamativa: «y habitó entre nosotros», literalmente: «acampó entre nosotros». En los tiempos del Éxodo Dios se hizo presente de modo visible en la sagrada tienda del tabernáculo, donde ocasionalmente resplandeció su *shekinah* (su gloria). De modo parecido, pero infinitamente más maravilloso, Cristo habitó entre los hombres de modo permanente en la tienda de su humanidad. A esta afirmación Juan añade un testimonio personal: «... y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre». Esa gloria se hizo patente en sus milagros y en su transfiguración (Lc. 9:28-36), pero de modo más maravilloso en las características morales que distinguieron su ministerio: «lleno de gracia y de verdad». A esa **gracia** se refería Pablo cuando en su carta a Tito escribía: «la gracia de Dios se ha manifestado para ofrecer salvación a todos los hombres» (Tit. 2:11). Esa salvación, según numerosos textos del Nuevo Testamento, incluye perdón, reconciliación con Dios, liberación del poder esclavizante del pecado, vida en el Espíritu, vida eterna. A la plenitud de gracia se une la **verdad**, no sólo en el sentido de que todo cuanto Cristo enseñó era cierto, sino que era del todo fiable. Por eso algunas de sus declaraciones más trascendentales las introduce precedidas de una frase enfática: «De cierto de cierto os digo...». El evangelista, como subrayando lo que acaba de decir, todavía agrega: «...de su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia, porque... la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Jn. 1:16-17).

Todas estas verdades estaban implícitas en el nacimiento del unigénito Hijo de Dios. Lo que ahora corresponde a los seres humanos es asumirlas. Como ya hemos indicado, podemos aceptar y podemos rechazar lo que la gracia de Cristo nos ofrece. Pero sólo la aceptación dará sentido a la celebración de la Navidad y hará posible que, a semejanza de los pastores betlemitas, tributemos honor y gloria a Dios agradecidos por su don inefable (2 Co. 9:15). Ya es hora de que nuestra celebración se distancie de la parafernalia mundana, cada vez más materialista, más folclórica, más pagana. Y hora de recogimiento interior para recordar y adorar al Cristo que un día nació y después murió y resucitó para ser Salvador y Señor nuestro.

José M. Martínez

Libros de José M. Martínez

- Job, la fe en conflicto**, Editorial CLIE, 1975, ISBN: 84-7228-211-2
- Ministros de Jesucristo I - Ministerio y homilética**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-329-1
- Ministros de Jesucristo II - Pastoral**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-330-5
- La Biblia dice...**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-054-0
- Por qué aún soy cristiano**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-178-4
- Hermenéutica bíblica**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7228-833-1
- Los cristianos en el mundo de hoy**, Editorial CLIE y AEE, 1987, ISBN: 84-7645-244-6
- Escogidos en Cristo**, Editorial CLIE, 2006, ISBN: 84-8267-473-0
- Salmos**, Editorial CLIE y Unión Bíblica, 1990, ISBN: 84-7645-410-4
- Salmos Escogidos**, Editorial CLIE, 1992, ISBN: 84-7645-538-0
- La España evangélica, ayer y hoy**, Editorial CLIE y Andamio, 1994, ISBN: 84-7645-771-5
- Introducción a la espiritualidad cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 1997, ISBN: 84-7645-984-X
- El libro de Génesis**, Ed. Portavoz, 1998, ISBN: 0-8254-1738-4
- El cristiano y sus relaciones**, Andamio, 1999
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2000, ISBN: 84-8267-135-9
- Tu vida cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2001, ISBN: 84-8267-174-X
- Fundamentos Teológicos de la Fe Cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2002, ISBN: 84-8267-244-4
- Contemplando la gloria de Cristo**, Editorial CLIE y Andamio, 2004, ISBN: 84-8267-361-0

Libros del Dr. Pablo Martínez Vila

- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2003, ISBN: 84-8267-133-2
- Más allá del dolor**, Publicaciones Andamio, 2006, ISBN: 84-9655101-5

Folletos de José M. Martínez

- Creer o no creer, ésa es la cuestión**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- ¡Tanto sufrimiento! ¿Por qué?**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- La Biblia, mucho más que un libro**, Unión Bíblica de España